

La Clase detrás del Espacio:
Experiencias socialmente diferenciadas en la Construcción de La Candelaria
como Lugar



Fotos del autor

La Clase detrás del Espacio:
Experiencias socialmente diferenciadas en la Construcción de La Candelaria
como Lugar

Monografía de Grado
Programa de Antropología
Escuela de Ciencias Humanas
Universidad del Rosario

Presentado por:
Carlos Mauricio Rico Hernández

Director:
Bastien André Bosa, Phd.

Semestre II, 2015
Bogotá, Colombia

Contenido

Introducción	4
Pregunta de investigación y problematización.....	7
Metodología.....	9
Estructuración del documento.....	14
Capítulo 1. Renovación urbana de La Candelaria	15
1.1 Introducción	15
1.2 La Candelaria y su espacio.....	16
1.3.1 Gentrificación y cambios en La Candelaria	20
Capítulo 2. Un lugar para amar y evitar: relaciones con el espacio.....	24
2.1 Introducción	24
2.2 La Candelaria: un lugar para amar	26
2.2.1 “Está viejita pero bien cuidada”: idealizar los espacios de la localidad	26
2.2.2 Usos del espacio: consumo cultural como punto de diferenciación	28
2.3 La Candelaria: un lugar a evitar	33
2.3.1 “Acá es sálvese el que pueda”: el espacio público como lugar en deterioro.....	34
2.3.2 “Ya uno no sabe quién es quién”: el peligro como límite simbólico en La Candelaria.....	36
2.3.3 Percepciones frente a cifras.....	39
2.3.4 “No voy a dejar que dañen mi barrio”: tensiones en la gentrificación	40
Capítulo 3. Relaciones con otros	45
3.1 Introducción	45
3.2 Relaciones con los vecinos	46
3.2.1 “Uno acá se acerca, saluda, pero no se pasa de ahí”: relaciones dentro de los muros de “La Bruja”	46
3.2.2 “Si uno mira, todos somos amigos”: <i>denominados vecinos</i> y su relación con el vecindario	48
3.3 Relación con otros en La Candelaria.	51
3.3.1 “Sólo no somos amigos, no hay de qué hablar”: relaciones fuera de los muros	51
3.3.2 “Eso es lo bonito del barrio, uno puede tener buenas relaciones con la gente”: <i>denominados vecinos</i> y sus relaciones.	54
Conclusiones	57
Anexo 1. ¿Quiénes son los Habitantes?.....	62
Habitantes del conjunto residencial “La Bruja”	62
Denominados vecinos.....	73
Bibliografía	82

Introducción

Cae la tarde de sábado en Bogotá y Andrea decide salir con su perrita Selva a pasear por el barrio, en medio de turistas y transeúntes. Sus pasos la llevan al Parque de los Periodistas, - punto clave en el centro de la ciudad que marca el límite entre la localidad La Candelaria y la localidad Santa Fe-. Desabrocha el collar de su mascota para que pueda correr libremente por el césped, mira a su alrededor y no deja de asombrarse por las nuevas construcciones que se alzan hoy en la zona, tan solo atravesando la calle. Por ejemplo, lo que antes era una edificación de tres plantas, hoy es “La Torre Bicentenario” con 17 pisos.

En efecto, muchas de las construcciones que ella conoció en su tiempo de estudiante de una reputada universidad de la localidad, hace tan sólo 10 años, ya no se encuentran. Las edificaciones más antiguas, tales como casonas coloniales y aquellas de la era republicana, han sido transformadas, en muchas ocasiones, en nuevos establecimientos comerciales u hostales, mientras que en la zona aumentan cada vez más los proyectos urbanísticos que tienden a reemplazar las estructuras más antiguas por unas nuevas.

Esta imagen actual de La Candelaria contrasta con la que ella vivió, la cual se hallaba una marcada decadencia urbana, con calles sucias y casas viejas que insinuaban peligro a cada paso.

Con el ocaso convirtiéndose en noche, Andrea retorna a su apartamento en el conjunto residencial “La Bruja”, a pocas calles de allí; antes de entrar se detiene frente a un vendedor ambulante, Antonio, quien durante años ha hecho de una pequeña esquina su lugar de trabajo. Luego de pagar por un puñado de dulces, Andrea llega a su lugar y se sumerge en sus constantes lecturas jurídicas.

Ambos, sin saberlo, comparten un interés respecto al campo del Derecho; desde la perspectiva de Andrea porque es ésta su profesión y actualmente se desempeña como docente del área. Desde la perspectiva de Antonio, la escuela de leyes representa la esperanza depositada en su hijo, quien estudia en las noches para convertirse en abogado mientras que en el día toda la familia se integra en la consecución de medios que le permitan culminar con éxito sus procesos académicos.

Para Antonio, aquel cambio que está sucediendo en la localidad y que tanta sorpresa y gusto le causa a Andrea es visto con prevención y duda. Él es un hijo de La Candelaria, teniendo como primer hogar el barrio Egipto, al interior de la localidad; sin embargo, abandonó la zona por varias décadas, debido a cuestiones laborales, para finalmente retornar en sus últimos años a “su partecita de Bogotá” donde ha vivido por casi 30 años, construyendo así fuertes lazos con el lugar y con su gente. Las transformaciones urbanísticas que enfrenta el sector, si bien le han incrementado el número de clientes a su trabajo, también siente la presión del aumento en los precios de los arriendos, que cada vez son más altos. Las viviendas de “toda la vida” de sus amigos son adquiridas por nuevos habitantes a buenos precios obligándolos a marcharse de la zona.

En la localidad logran conjugarse dos procesos que van de la mano: por un lado los procesos que corresponden a la patrimonialización de las construcciones, debido a su carácter de centro histórico de Bogotá; y por otra parte el hecho que, desde finales de la década de 1980, se ha promovido desde el Distrito un proyecto de “renovación urbana” que busca un cambio físico de esta zona. Las condiciones hacen que, cada vez más, se alcen proyectos que tienden a la transformación material de la zona, haciéndola paulatinamente un espacio más exclusivo, afectando a los antiguos habitantes más vulnerables. Las formas en que este cambio es vivido se ven marcadas por la posición social en que se encuentren los habitantes de la zona.

Dentro de los estudios urbanos, estos procesos de “renovación urbanística” reciben el nombre de *gentrificación*. Dicho fenómeno social tiene como característica el desplazamiento gradual y sostenido de grupos poblacionales de altos ingresos a partes de la ciudad que presentan marcado deterioro físico, con el fin de generar cambios en su materialidad, es decir las condiciones físicas y económicas, que conllevan normalmente una serie de impactos sociales y urbanísticos contrarios a los intereses de los habitantes más antiguos de la zona, quienes, con el transcurrir del tiempo, se ven segregados o expulsados frente a los nuevos vecinos (Morales-Schechinger, 2005; Clark, 2005).

De esta manera, las políticas gubernamentales que le dieron vida a un nuevo capítulo en la historia de la localidad logran generar fuertes impactos sociales, en un espacio que durante décadas sostuvo una imagen ligada a la decadencia material, uniendo además de esto, dentro de un mismo lugar, a personas ubicadas en diferentes posiciones sociales. Es dentro de este punto:

“renovación urbana” y *gentrificación* que se enmarca el desarrollo de esta monografía. En ella, se abordan las distintas maneras en que personas, socialmente distantes, experimentan un espacio en común durante un proceso de transformación.

Los cambios físicos y sociales a los cuales se ha visto sometida la localidad La Candelaria han sido foco de gran interés, por parte de numerosos investigadores quienes han centrado sus esfuerzos en analizar, entre otros aspectos, su desarrollo urbanístico (Jaramillo, 2006; Lulle, De Urbina, 2010); su cambio poblacional y sus impactos (Moreno, Lulle, 2011; Manrique, 2013); las prácticas residenciales en el sector (Amato, 1968; De Urbina, Zambrano, 2009; Dureau, Pissot, 1996; Dureau, Piron, 2009; Lulle, 2008); e incluso una perspectiva que entrecruza género y usos del espacio (Van der Hammen, Palacio, 2006). No obstante, los análisis aquí señalados suelen dejar a un lado las diferentes maneras en que la *gentrificación* de La Candelaria es vista desde la óptica misma de sus habitantes. En efecto, no es mucho lo que se pudo encontrar respecto a la “renovación urbana” analizada desde la perspectiva de las personas directamente partícipes, es decir desde los nuevos residentes y los habitantes tradicionales.

En este contexto, resulta pertinente abordar las visiones de aquellos que, en su diario vivir, se ven enfrentados a un espacio intervenido y continuamente modificado; y analizar así las diferentes maneras en que dicho espacio es experimentado y comprendido.

Pregunta de investigación y problematización

El interrogante central de esta investigación es: ¿Cómo es vivido el espacio de La Candelaria por parte de personas socialmente distantes, pero físicamente cercanas? Para desarrollar este análisis, se plantean preguntas más específicas: en primer lugar ¿Cuáles son los usos diferenciados del espacio de la localidad por parte de los habitantes?, ¿Cómo se construyen los límites simbólicos dentro de La Candelaria? y, finalmente, ¿Cómo son las relaciones entre los distintos habitantes de la localidad?

A pesar de las distancias sociales presentes al interior de la localidad, existen puntos de convergencia que hacen de La Candelaria un espacio paradójico. En él, se unen dos puntos de vista: el primero, la experiencia de la localidad como un lugar altamente deseable, en el cual se quisiera seguir permaneciendo; el segundo, el sector es visto como un espacio de desconfianza marcado por una prevención fuerte hacia a la inseguridad (a partir de la cual se establecen fuertes límites simbólicos).

Tomando como referencia la perspectiva del autor francés Pierre Bourdieu, es interesante preguntarse como las lógicas del espacio social suelen ser retraducidas en el espacio físico urbano, analizando las posibles relaciones entre la distribución espacial de los agentes y las estructuras de distribución de bienes y servicios dentro de una ciudad (Bourdieu, 1999). Estas dinámicas se ven marcadas por un proceso relacional entre los distintos habitantes y usuarios del espacio que se manifiestan en formas de oposición espacial, en donde “el espacio habitado (o apropiado) funciona como una especie de simbolización espontánea del espacio social” (Bourdieu, 1999; pág. 120).

La “realidad social”, según la plantea Bourdieu, se presenta a manera de una “topografía social”—la cual puede ser reconstruida a partir de la distribución diferenciada y desigual de propiedades o capitales. Estos principios de diferenciación ayudan a entender las distancias, influencias y relaciones de poder que existen entre los diferentes grupos sociales y permiten ubicar a las personas dentro de una posición precisa, relacionada por asociación o rechazo de otras, en lo que Bourdieu denomina el espacio social (Bourdieu P. , 1990).

De esta forma, el espacio social se plantea como un espacio multidimensional, con una gran variedad de posiciones, en donde los capitales resultan ser factores de diferenciación fundamentales en la comprensión de las trayectorias de vida que una persona puede llegar a tener. Dichos capitales pueden ser entendidos a su vez como las distintas formas de poder en torno a las cuales se establecen sistemas de diferenciación social jerarquizada, “en función de un sistema de legitimidades socialmente establecidas en un momento dado” (Guerra, 2010, pág. 390).

Bourdieu reconoce principalmente cuatro formas de capital, económico, social, cultural y simbólico -los cuales serán abordados en el desarrollo de esta investigación-. El primero se refiere a los ingresos y en general a los flujos patrimoniales que una persona o conjunto de ellas poseen por trabajo o herencia (Bourdieu P., 2000). Seguidamente, el capital social es entendido como aquellas relaciones sociales que una persona hereda o construye y que resultan claves en el desarrollo de vida personal y profesional (Alonso, 2003). Asimismo, el capital cultural es comprendido como el conjunto de conocimientos, estudios y saberes que hacen parte de una persona que le permiten aproximarse a lo que le rodea, analizarlo e influir sobre lo material y sobre sus pares sociales (Bourdieu P., 1979). Finalmente, el capital simbólico hace referencia a las distintas maneras en que se presenta el “honor social”, es “un poder reconocido, a la vez que desconocido, y, como tal, generador de poder simbólico y de violencia simbólica” (Fernández, 2012, pág. 36).

Ahora bien, la situación de transformación física y social en el espacio de La Candelaria, encarnada en los proyectos de “renovación urbana”, significa una irrupción material hacia la localidad, -cuya infraestructura paulatinamente se transforma ya sea por medio de edificaciones de reciente data o por medio del reajuste de las ya existentes-. Y es esta materialidad la que impulsó la llegada de nuevos habitantes, quienes poseen un volumen de ingresos más alto y una formación académica de nivel superior en relación con los anteriores habitantes de estos inmuebles. En este escenario, quiero explorar en este trabajo los modos de convivencia de estos grupos dispares dentro de un mismo contexto, analizando tanto las múltiples formas de experimentar la localidad, como las formas de luchas por su significación y apropiación. No se tratará de reflexionar únicamente sobre las tensiones entre los diferentes conjuntos de personas, sino frente a la *gentrificación* misma, ya que esta conlleva en sí amenazas y oportunidades.

Metodología

La aproximación metodológica empleada se divide en tres tipos de acercamientos: en primer lugar, el uso de entrevistas por medio de las cuales se pueden analizar las distintas maneras en que las personas hacen usos diferenciados de los espacios de la localidad. A pesar de que la observación directa y participante habría aportado un material empírico más detallado, se privilegia aquí el empleo de entrevistas debido, de una parte, a limitaciones de tiempo y dinero para el desarrollo de la investigación; seguidamente, el acercamiento elegido resulta importante en tanto que es una herramienta que permite indagar a las personas sobre sus perspectivas sobre los espacios de la localidad, sus usos, los límites simbólicos que consideran, además de las trayectorias residenciales e historias personales.

De esta manera, las preguntas realizadas se enfatizaron en tres aspectos claves: primero, profundizar en la historia de vida de los entrevistados; segundo, indagar sobre las experiencias en el espacio de la localidad; y tercero, examinar la manera en que las relaciones con otros se presentan al interior de dicho espacio. Es así como se llevaron a cabo un total de trece entrevistas¹ a habitantes de la localidad La Candelaria.

Para tal fin, fue seleccionado el conjunto residencial *La bruja* como punto de partida ya que resulta clave en la “renovación urbana” debido a su carácter emblemático dentro de los procesos de “transformación” de la localidad. Esta edificación fue remodelada a finales de la década de 1980 y transformada en un espacio habitacional que hoy es integrada por setenta apartamentos dirigidos a personas de alto capital cultural y económico. Sin embargo, el inmueble ha estado presente en la localidad por un siglo y ha tenido distintas funcionalidades, que van desde alojar a instituciones estatales hasta funciones eclesásticas.

Con el fin de obtener un contraste social en las perspectivas y experiencias, se eligieron personas que residieran en las proximidades del conjunto residencial “La Bruja” y cuyo capital cultural y económico fuera marcado en contraposición a los habitantes del conjunto.

¹ Los detalles de las personas entrevistadas pueden encontrarse en el Anexo 1. de este documento.

De esta forma, los habitantes de “La Bruja” se caracterizan por poseer un capital económico elevado, poseedores y herederos de propiedades, cuyos ingresos mensuales se ubican entre los 5 y 6 salarios mínimos legales vigentes² (SMLV), -profesionales expertos o propietarios de establecimientos comerciales- y un alto capital cultural que se ubica -en salvo uno de los casos- en niveles de posgrado. En esta investigación, las personas entrevistadas dentro de este grupo reciben los nombres de Andrea, Juan, Nicolás, Carolina, Pablo, Hellene y Luis.

Ahondando brevemente en cada uno de ellos: Andrea es una abogada de 35 años, docente universitaria, hija de funcionarios públicos ya pensionados. Juan es un veterinario de 50 años, con estudios en gestión empresarial e historia -que heredó de su padre el gusto por los negocios- y actualmente tiene dos almacenes. Nicolás es un abogado de 70 años, docente universitario de literatura y escritor, heredero de hacendados cafeteros. Carolina es una estudiante de historia de 22 años, hija de funcionarios públicos del distrito. Pablo es un abogado de 37 años, funcionario de un Ministerio e hijo de comerciantes antioqueños. Hellene es una filóloga suiza de 40 años, trabaja actualmente en la docencia y su familia se dedica a la consultoría comercial en Europa. Finalmente, Luis es un arquitecto de 55 años, funcionario del distrito e hijo de comerciantes antioqueños.

De otro lado, los residentes en las proximidades del conjunto residencial seleccionados presentan en contraste una situación económica más precaria, la mayor parte sin propiedad alguna, con unos ingresos mensuales que oscilan entre 1 a 3 SMLV –la mayor parte dedicados al comercio informal o propietarios de pequeños negocios-, con un capital cultural que se posiciona en un nivel de bachillerato o –sólo en uno de los casos- técnico. En este documento, los nombres con los cuales se identifican a dichas personas son: Jorge, Manuela, Laura, María, Inés y Antonio.

Respecto a ellos y sus historias: Jorge es un tendero de 70 años, hijo de “*un maestro de obra de los buenos*”, trabajó en la cocina y en el sector hotelero. Manuela es dueña de un pequeño restaurante, tiene 45 años, a lo largo de su vida ha trabajado en la cocina. A sus 50 años, Laura trabaja en servicios generales y ha trabajado en diversas labores. María tiene 50 años,

² Un salario mínimo al año 2015 corresponde a COP\$718.350.

(<http://obiee.banrep.gov.co/analytics/saw.dll?Go&Path=/shared/Consulta%20Series%20Estadisticas%20desde%20Excel/1.%20Salarios/1.1%20Salario%20minimo%20legal%20en%20Colombia/1.1.1%20Serie%20historica&Options=rdf&NQUser=salarios&NQPassword=salarios&lang=es>)

dueña de una cafetería desde hace 30 años, es técnica en administración. Inés es una comerciante informal de 52 años. Finalmente, Antonio es un comerciante informal de 63 años, la mayor parte de su vida la dedicó a trabajar transportando mercaderías.

Abordar a los habitantes del conjunto residencial presentó una primera dificultad física en tanto que se encuentran aislados del espacio público transitable de la localidad debido a la estructura misma de la edificación que está enmarcada por un muro. Seguidamente, se hizo uso de la aproximación “bola de nieve” como forma de elección de los informantes; sin embargo, no resultó posible llevar a buen término esta estrategia, pues al interior del conjunto, se encontró un conjunto de individuos, sin fuertes redes de interconocimiento entre sus vecinos. A pesar de esto, esta situación resultó ser el primer paso en el análisis de las formas de interrelación entre los habitantes de “La Bruja”.

Por otra parte, el acceso a los vecinos del conjunto -que en adelante serán *los denominados vecinos* para mayor claridad a lo largo del trabajo-, no tuvo dificultad por barreras físicas y al contrario se facilitó el contacto debido a su labor diaria en los espacios de la localidad. En todas las ocasiones, sus actividades económicas están ubicadas en los espacios públicos de La Candelaria, ya fuere en las calles mismas, como vendedores, o en pequeños establecimientos como tiendas o restaurantes familiares. Sin embargo, esta facilidad de acceso conlleva dificultades para entrar en intimidad con los entrevistados, ya que se logra establecer una distancia simbólica, la cual se ve reforzada por la disparidad de capital económico y cultural entre el entrevistador y los entrevistados.

A diferencia del caso anterior, la “bola de nieve” resultó ser muy efectiva, permitiendo generar una cadena de contactos claves que hicieron posible obtener 7 entrevistas. En ambos casos, las diferencias sociales entre los entrevistados influyeron en el éxito o fracaso de esta herramienta metodológica, las cuales explicaré en el desarrollo de esta monografía.

Durante estas entrevistas, fue utilizado un ejercicio cartográfico para complementar las narraciones y profundizar en las lógicas que cada persona tiene frente al espacio de La Candelaria, permitiendo de este modo que se manifiesten las múltiples dinámicas, usos y conflictos presentes en dicho espacio (Montoya, 2007). De esta forma, el ejercicio permitió

contrastar las narrativas dadas por los entrevistados con la representación gráfica que éstos dieron respecto a diferentes elementos de la zona.

De esta manera, durante el desarrollo de las entrevistas, se apoyó las narraciones de las personas respecto a su espacio con un mapa de la localidad, en el cual podían distinguirse claramente las calles y manzanas que componen La Candelaria. Seguidamente, se solicitó a los entrevistados que con diferentes colores me expresaran su experiencia y percepción de los espacios de la zona; para tal fin se estableció distintas categorías, que incluían seguridad urbana, lugares más frecuentados y evitados, para pasar finalmente a los que hallaban más agradables o molestos. En torno a este ejercicio, la conversación se vio enriquecida y con una mayor fluidez, lo que permitió comprender las lógicas que cada cual tenía en mente frente a estos espacios.

Los nombres de las personas involucradas en este proyecto fueron cambiados por motivos éticos de la investigación en consideración y respeto a aquellos entrevistados que de manera amable aportaron al desarrollo de esta investigación. Asimismo al tratar los espacios residenciales bajo el mismo parámetro, el nombre del conjunto residencial fue cambiado en pro de la privacidad de los entrevistados. Lo que permanece intacto en denominación son los nombres de las calles y los lugares públicos que son citados a lo largo del trabajo.

La segunda aproximación metodológica se dio a través de la revisión documental. Esta aproximación resulta valiosa y puede ser apreciada en el *Capítulo 1. La Candelaria y su espacio*, en el cual procuro hacer un contexto de la localidad, su devenir y el impacto que han tenido las políticas de renovación urbana. De esta manera, se utilizaron fuentes primarias tales como los marcos normativos provistos por el Concejo Distrital de Bogotá y la Alcaldía Menor de La Candelaria. De igual modo, el archivo histórico del Instituto Distrital de Patrimonio. Finalmente, como parte del uso de fuentes secundarias, se partió principalmente de las investigaciones previas que trataban los procesos históricos, urbanísticos y poblacionales de la localidad.

El tercer tipo de aproximación metodológica se hace a través de cifras estadísticas reportadas oficialmente por la Veeduría Distrital y la Cámara de Comercio de Bogotá. Estos datos son implementados para el desarrollado óptimo del segundo capítulo donde se confrontan estas aproximaciones discursivas de la idea de peligro como factor determinante en la formación

de límites simbólicos y las cifras reportadas respecto a la seguridad urbana de la localidad La Candelaria.

Estructuración del documento

Esta investigación se compone de cuatro capítulos, que a continuación expondré brevemente. En el primer capítulo se hace una contextualización de la localidad mostrando desde el componente legal donde surgió la localidad y estableció sus límites administrativos, hasta la división interna de los barrios. Acto seguido se realiza una revisión histórica, tomando los inicios del siglo XX como punto de partida, con el fin de entender los múltiples cambios sociales y los procesos urbanísticos los cuales se ha visto sometida La Candelaria hasta nuestros días. De esta manera se hace un recuento de la zona y cómo aparece y se consolida la *gentrificación* del espacio bajo el nombre de “renovación urbana”.

En el segundo capítulo se examinan las relaciones presentes entre los entrevistados con los espacios de la localidad, las cuales son paradójicas. En primer lugar, La Candelaria es vista como un espacio a ser amado debido a su patrimonio arquitectónico y oferta cultural, lo que la convierte en un lugar agradable para habitar. Sin embargo, esta aparente convergencia de perspectivas entre grupos socialmente distantes presenta matices que afectan la manera en que son vividos los espacios de la zona. Estos usos diferenciados del espacio se ven expresados en las diversas formas de consumo cultural.

Esta imagen de una localidad agradable que se ama se ve contrastada con las perspectivas negativas que de ella se tienen entre los entrevistados -haciendo de ella un lugar a evitar-: sus calles, plazas y parques se consideran en deterioro, con fuerte presencia de indigencia y suciedad. Asimismo, emergen los límites simbólicos atribuidos a los espacios de La Candelaria, siendo su peligrosidad percibida un elemento clave. Finalmente, se pone en evidencia las tensiones entre los *denominados vecinos* y los cambios sociales producto de la *gentrificación* que afronta el sector.

Por último, en el tercer capítulo, se examinan las relaciones sociales presentes entre las diferentes personas de la zona, las maneras en que se presentan los contactos entre los habitantes que ocupan posiciones sociales cercanas y aquellas vinculaciones que se producen entre aquellas personas socialmente más distantes. De esta manera, los múltiples discursos y situaciones en

torno a las distintas formas de interacción son analizados y expuestos para poner en evidencia los puntos de convergencia y divergencia entre los habitantes.

Capítulo 1. Renovación urbana de La Candelaria

1.1 Introducción

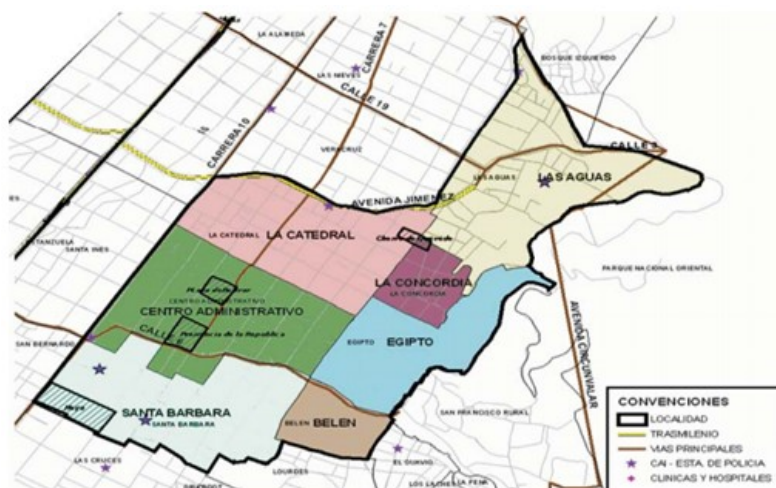
Nuestra voz la repiten los siglos: ¡Bogotá, Bogotá, Bogotá! entona el himno capitalino, que por varias décadas ha servido de tributo a los casi 500 años de existencia que acumula la ciudad. Hoy en día Bogotá es de lejos el mayor centro urbano de Colombia con una cantidad de habitantes que, según el DANE (Departamento Administrativo Nacional de Estadística), supera los 7 millones en el año 2015, aportando un 26,1% del PIB nacional. Sin embargo, hace menos de un siglo, la capital mostraba otro rostro, muy distinto al que actualmente posee: su población alcanzaba poco más de 300.000 residentes, sus límites eran mucho más reducidos y ocupaba en su mayor parte los espacios que hoy corresponden al sector La Candelaria.

Desde la fundación misma de la capital en 1538, La Candelaria no ha estado ajena a las transformaciones urbanas que han modificado rápidamente a Bogotá. La zona pasó de ser un espacio neurálgico de la ciudad al abandono, del despoblamiento al deterioro y, finalmente, a una “renovación urbana” a través de la intervención pública. De esta manera, resulta primordial analizar los procesos urbanísticos y sociales que enfrentó la localidad en un transcurso de poco más de cien años para entender su contexto actual.

Este capítulo aborda en tres partes los diversos aspectos que han intervenido en la transformación de la localidad: la primera parte trata los espacios correspondientes y sus límites formalmente establecidos; la segunda parte muestra una contextualización histórica desde el inicio del siglo XX hasta los últimos 20 años de “renovación urbana” en La Candelaria presentando a su vez la trayectoria del conjunto residencial La Bruja, lugar donde se centra este trabajo; y en la tercera parte se exponen los diversos cambios que llevaron a la localidad La Candelaria a la transformación urbanística y a su respectivo proceso de gentrificación.

Resulta importante aclarar que los sucesos históricos, procesos legales, urbanísticos y sociales presentes en las dos últimas partes que componen este capítulo se complementan, pero se encuentran aquí presentados de manera independiente para facilitar su exposición.

1.2 La Candelaria y su espacio



Fuente: Observatorio de Convivencia y Seguridad Ciudadana SUIVD de la Secretaría de Gobierno. Diagnóstico sobre la situación de seguridad integral en la localidad de La Candelaria. 2007.

Gráfica 1

La Candelaria se subdivide en siete barrios (La Catedral, Centro Administrativo, Las Aguas, La Concordia, Santa Bárbara, Belén y Egipto) que inician su proceso de integración a partir de la emisión del Acuerdo Distrital No.7 del 04 de diciembre de 1974 expedido por el Concejo de Bogotá, el cual le otorga la potestad al gobierno de la ciudad para la creación de la Alcaldía Menor de La Candelaria. Posteriormente en la Constitución Política de 1991 se le otorga a este sector el título de localidad número 17.

Ahora bien, una vez convertida en localidad, es decir en una división administrativa de la capital, se inició el debate sobre la definición de sus límites oficiales. Las discusiones se extendieron a lo largo de la década de 1990 hasta que el Concejo de Bogotá promulgó el Acuerdo Distrital No. 117 del 30 de diciembre de 2003 en el cual se establece una definición clara de las fronteras de La Candelaria. El documento consigna así:

1.3. ALCALDÍA LOCAL DE CANDELARIA.

1.3.1 Límite con la Localidad de Santa Fe por el norte:

Partiendo de la intersección de los ejes de las avenidas Fernando Mazuera y Jiménez en dirección este (E) por el eje de la Avenida Jiménez hasta encontrar el eje de la Avenida de Los Cerros; continúa por dicho eje en dirección este (E) hasta la intersección de los ejes del par vial de la Avenida de Los Cerros.

1.3.2 Límite con La Localidad de Santa Fe por el este:

Partiendo de la intersección de los ejes del par vial de la Avenida de Los Cerros en dirección suroeste (SO) por el eje del par vial este (E) de la citada avenida hasta su intersección con el lindero este (E) del desarrollo Egipto contenido en el plano SF 14/1-01, adoptado por la Resolución 1126 de 1996 del Departamento Administrativo de Planeación Distrital; continúa por el lindero este (E) del desarrollo Egipto hasta su intersección con el eje de la Quebrada Manzanares; continúa por el eje de ésta quebrada aguas abajo hasta la intersección con el eje de La Avenida de Los Cerros; continúa por este eje en dirección sur (S) hasta su intersección con el eje del trazado de la Avenida de Los Comuneros.

1.3.3 Límite con la Localidad de Santa Fe por el sur:

Partiendo de la intersección del eje de la Avenida de Los Cerros con el eje del trazado de la Avenida de Los Comuneros en dirección oeste (O) por el eje del trazado de la Avenida de los Comuneros hasta su intersección con el eje de la Avenida Fernando Mazuera.

1.3.4 Límite con la Localidad de Santa Fe por el oeste:

Partiendo de la intersección de los ejes de las avenidas de Los Comuneros y Fernando Mazuera en dirección norte (N) por el eje de la Avenida Fernando Mazuera hasta encontrar el eje de La Avenida Jiménez, punto de partida inicial de la descripción.

1.3 La Candelaria y su historia

Al iniciar el siglo XX, La Candelaria conservaba todavía un entorno material y unas dinámicas sociales que evocaban aquellas de la colonia (Manrique, 2013), dentro de las cuales se destacaban una marcada influencia de casonas destinadas a personas pertenecientes a las élites sociales locales, quienes ocupaban un lugar central, mientras que las clases populares se asentaban en la periferia circundante; y era en éstas áreas centrales donde se concentraban las principales actividades políticas, religiosas, administrativas, comerciales y académicas de la ciudad (Cortés, 1982).

Durante la primera mitad del siglo XX, los procesos de exclusividad asignados a La Candelaria empezaron a cambiar. La expansión demográfica que marcó este periodo se debió, por una parte, a las migraciones de los trabajadores, que venían a suplir la demanda de mano de obra ligada a los nacientes procesos industriales capitalinos (Acebedo, 2006); y, por otra parte, a los campesinos desplazados de las distintas regiones del país, quienes llegaron buscando refugio ante la violencia política que emergía durante la década de 1930.

Estas presiones poblacionales condujeron a una improvisada oferta de inquilinatos y a la constitución de barrios de invasión poblados por los menos favorecidos, como lo fue en su momento el, hoy desaparecido, sector de Paseo Bolívar (Álvarez, 2003). A la par de esto, el crecimiento de las actividades comerciales locales impulsaron aún más la expansión demográfica, haciendo que en 1935 residieran en Bogotá unos 300.000 habitantes y que alcanzara una extensión de 75km² (De Urbina, 2011), siendo La Candelaria y sus proximidades los principales focos de actividad ciudadana.

El aumento constante de la población, unido a los discursos higienistas, los cuales calificaban a los espacios de La Candelaria como poco deseables, terminaron por afectar negativamente los procesos de renta del suelo. Impulsadas por estas situaciones y posteriormente por los violentos sucesos del Bogotazo³, las élites y las clases medias capitalinas iniciaron una

³ El 9 de abril de 1948 fue asesinado el líder del Partido Liberal Colombiano Jorge Eliecer Gaitán en la ciudad de Bogotá, dando punto de inicio a graves disturbios que culminaron con el saqueo, incendio y destrucción de

migración paulatina hacia áreas cada vez más al norte de Bogotá, buscando nuevos espacios que los distanciara del sector del centro (De Urbina, 2011; De Urbina y Zambrano, 2009; Jaramillo, 2006; Amato, 1968). De esta manera, a inicios de la década de 1960, las actividades terciarias de la ciudad pasaron en su mayor parte al sector norte de la capital mientras que, en la localidad de La Candelaria, aparecieron procesos de decadencia urbana en algunos sectores, tugurización y crecientes particiones de propiedades que se convertían en inquilinatos para atender las necesidades habitacionales de las clases populares.

Esta transformación de La Candelaria hizo que, en los años 1970, se diera paso a un gran número de procesos delincuenciales, contaminantes y de abandono, que le otorgaron al sector una imagen altamente negativa (Silva, 2003; Dureau y Pissot, 1996). Fue a partir de este contexto que, en la década sucesiva, se emprendieron iniciativas de “recalificación” del espacio del centro de Bogotá por parte del sector público, liderados por el gobierno distrital.

En 1988, se pusieron en marcha varios planes urbanísticos, dentro de los que se destaca el lanzamiento de una serie de normas generales del “deber ser” de la distribución urbana, así como un Plan de Ordenamiento Zonal del Centro de Bogotá (Lulle, 2008). Se emprendió un intento por “recuperar un espacio” en el cual se localizaban importantes edificaciones y museos con sus respectivas puestas en escena, cuyo reconocimiento venía en auge. Estos planes distritales, que buscaban efectuar una “retoma” de la localidad, sirvieron de fundamento para la realización de cambios físicos y sociales que condujeron a una “gentrificación” del espacio.

Es dentro de este contexto de finales de la década de 1980 que aparece el Conjunto Residencial “La Bruja” como un proyecto de espacio habitacional pionero en el corazón de La Candelaria. Construido en 1917, su historia ha estado ligada al desarrollo de la localidad: originalmente, fue el lugar del Seminario Menor de Bogotá; acto seguido fue ocupado por monjas clarisas que abandonaron el edificio después de los sucesos del “Bogotazo”; a finales de la década de 1950 fue comprado al clero por el Estado para instalar allí la sede de sus servicios de inteligencia hasta 1974; y posteriormente fue permutado al Banco Central Hipotecario al inicio de los años 1980, dando inicio a un debate que duraría casi la totalidad de la década.

numerosas propiedades ubicadas en el Centro Histórico y la Calle Real (Hoy Carrera 7ma.). A este incidente se le llegó a denominar “El Bogotazo”.

En el Instituto de Patrimonio de Bogotá se halla un documento fechado en 1983 donde se dispone de dicho espacio para la remodelación con miras a la creación de vivienda y comercio. No obstante, no hubo una decisión clara hasta finales de la década donde dicho espacio se consideró también para la idea de construir el Archivo General de la Nación (Aide-Memoire, 1987) o un teatro (Carrasco, 1987).

Finalmente, se impuso la visión residencial de esta construcción, pues según carta entre el Banco Central Hipotecario y el Distrito de Bogotá, “las condiciones actuales del sector histórico son *abiertamente favorables* para ello [la construcción de apartamentos]. *La implantación del uso de viviendas es fundamental en el propósito de la recuperación y revitalización* del sector antiguo de Bogotá” (Carrasco, 1987). Y es ésta presencia de vivienda gentrificada la que resultaba crucial para el sector puesto que de esta manera llegarían habitantes con un perfil social distinto. Según carta del distrito, dirigida a la Corporación Barrio La Candelaria (1987, pág. 16), “*se reconoce que estas viviendas están destinadas preferiblemente a personas artistas y profesionales que residan habitualmente en el centro o que gusten de él*”.

1.3.1 Gentrificación y cambios en La Candelaria

El proceso de “renovación urbana”, al cual se han venido enfrentando los espacios que hacen parte de la localidad, se caracteriza por una fuerte injerencia del Estado a través de la administración distrital, la cual pone en marcha planes y estrategias tendientes a la “revitalización” del sector (Jaramillo, 2006). Estos procesos, por supuesto, logran encontrar resonancia dentro de la iniciativa privada inmobiliaria y cultural, con cuya participación se han desarrollado proyectos que tienden a la “restauración” de los bienes de interés histórico de la ciudad (Cámara de Comercio de Bogotá, 2005; Pinedo, 2006). No obstante, esta participación conjunta en el replanteamiento material de La Candelaria ha dejado a un lado el papel de la inclusión de los ciudadanos que viven en el sector, lo que ha repercutido en sentimientos y realidades de exclusión (Manrique, 2013).

Uno de los principales puntos de partida hacia la “renovación urbana” de La Candelaria es la idea de protección al patrimonio cultural e histórico que la localidad, debido a su trayectoria, posee en abundancia. La Candelaria afrontó cambios que condujeron a reacciones ciudadanas y políticas tendientes a la conservación patrimonial de distintas edificaciones que ya

presentaban deterioro. Muestra de ello fue la creación de marcos legales que procuraban un cierto margen de “preservación” como el Decreto 264 de 1963, que, ejecutando con lo dispuesto en la Ley 163 de 1959 (Garavito, 2006), establece al sector como “monumento nacional”. Esta normativa tuvo un impacto en la manera en que se comprendía al sector más antiguo de la ciudad dado que ésta puesta en escena como “monumento nacional” presionaba de una manera distinta la promoción y actuación frente a su misma infraestructura.

La creación en 1974 de la Alcaldía Menor de La Candelaria por parte del Concejo Distrital fortaleció institucionalmente las funciones de control y ejecución del mantenimiento del espacio de la localidad. Bajo el Acuerdo 09 de 1980, la administración distrital crea la Corporación Barrio La Candelaria, antecesora inmediata del Instituto Distrital de Patrimonio Cultural,

Con el objeto de promover y financiar las obras de conservación, restauración y construcción, compra de inmuebles y lugares que sean de interés histórico, arquitectónico o ambiental, que sean declarados como proyectos prioritarios por el Departamento Administrativo de Planeación Distrital DAPD, dentro de la zona especial de La Candelaria (Contraloría de Bogotá).

Posteriormente, bajo el Decreto 678 de 1994, se estableció una categorización de las edificaciones dignas a ser preservadas, divididas en cuatro grandes subgrupos: monumentos nacionales, inmuebles de conservación arquitectónica, inmuebles reedificables e inmuebles de transición, así como los tratamientos a emplear que enfatizan la reparación y el mantenimiento (Garavito, 2006).

Este breve recuento de las distintas normativas a lo largo del tiempo busca poner en contexto al lector respecto de las medidas legales que se han emprendido desde el Estado con el fin de lograr una intervención desde la idea de defensa del patrimonio. Actualmente, la política de habitabilidad de La Candelaria descansa sobre este marco normativo a partir del cual se desarrollan actividades con el apoyo directo del Instituto Distrital de Patrimonio Cultural -- actividades que tienden a la defensa de los activos históricos del sector tales como servicios gratuitos de asesoría en la “rehabilitación” de edificaciones y en su respectivo mantenimiento-. Cabe resaltar que dentro de esta misma perspectiva, existe una campaña de recorridos destinada a la promoción de la historia urbana de la localidad a la par que promulga algunos museos

considerados edificios de interés público como es el caso del Museo Botero y la Casa de la Moneda.

Los cambios materiales producto de la “revitalización” patrimonial repercuten en la revalorización de múltiples inmuebles en la localidad, fruto de un aumento sostenido de consumos en el sector, además de una mayor generación de valor agregado hacia los bienes y servicios allí ofertados. Estas situaciones convierten en atractiva a La Candelaria y por ende la demanda de sus predios (Palacio, 2006), los cuales vienen a ser ocupados por un tipo de habitante diferente. En el transcurso de las tres últimas décadas, puede verse un avance en el incremento de las clases medias frente a una caída gradual de los grupos más populares, mientras se mantiene estable la proporción de miembros de clases altas⁴ (Lulle & De Urbina, 2010).

Este cambio demográfico se caracteriza por la alta presencia de viviendas unipersonales y de a dos personas, cifrando un 26.6% y 23.1%, frente a una tendencia urbana de Bogotá que registra un 9% y un 17.6%. Asimismo, el nivel educativo de los nuevos habitantes resulta ser superior al del resto de la ciudad, ubicándose en 18.6% los universitarios, tres puntos por encima del promedio capitalino, y en 6.7% aquellos poseedores de un título de posgrado, un 67.5% más alto que la presente en la ciudad (Moreno & Lulle, 2011).

Esta nueva dinámica poblacional viene acompañada de cambios económicos en el espacio de la localidad que se ven materializados en la presencia de nuevos establecimientos comerciales. De esta forma, tomando como referencia el trabajo de Manrique (2013) a propósito del consumo en La Candelaria, se destaca un incremento en las ofertas gastronómicas, hoteleras y en general de ocio, que resultan rápidamente consumidas por los miembros de estas estos grupos poblacionales recién llegados. Estos negocios emergentes se consolidan principalmente en los barrios de La Catedral, La Concordia, Centro Administrativo y Egipto (Ver Gráfica 1).

Estas características del proceso de gentrificación (Ley, 1986; Carpenter y Lees, 1995) conducen a nuevas estrategias comerciales que procuran hacer de los espacios urbanos una

⁴ Las cifras exactas de este cambio no resultan mostradas en el documento de Lulle & De Urbina; sin embargo, a partir de un análisis aproximado, a partir de las gráficas provistas sobre el mismo tema en el texto de Manrique (2013, pág. 219), se puede afirmar que los grupos sociales “más altos” permanecieron estables -15%-, al igual que las “clases altas”-15%-, mientras que las “clases medias altas” presentaron un incremento –pasaron del 22% al 30%- , las “clases medias bajas” descendieron –del 23% al 20%, al igual que las “clases bajas” –bajando 3% hasta ubicarse en 12%- y finalmente las clases “más pobres” cayeron al 8% respecto del censo de 1993 –cuando consistían en un 10%.

experiencia de consumo (Duque, 2011). De esta forma, dentro del marco de la “renovación urbana” de La Candelaria y del crecimiento de una nueva clase media, es que se consolida la propuesta de creación de la denominada “Zona C”, la cual se define como

[...] una asociación de comerciantes ubicados en La Candelaria “Centro Histórico de Bogotá” creada en el año 2007 por empresarios que desarrollan formalmente actividades de Hotelería, Gastronomía, Joyería, Cultura y Parqueaderos, etc. Convencidos de que el desarrollo organizado de las actividades promueven el turismo de calidad y el crecimiento Económico del sector prevaleciendo así las acciones de Responsabilidad Social (Zona C).

La implementación de formas promocionales derivadas de la gestión empresarial al interior del espacio de la localidad tiene como finalidad promover una nueva imagen de los espacios asociados al Centro de Bogotá y de esta manera posicionarlos como un punto atractivo a la inversión y al consumo diferenciado respecto a otras propuestas de la ciudad.

Este punto intermedio entre un marketing interno y externo (Friedmann, 2005) repercute en la manera en que se experimenta el espacio y se constituye en un lugar, ya que al generar movimientos socioeconómicos se crea una dinámica diferente entre los nuevos habitantes y aquellos residentes que son dejados al margen de la actividad.

Capítulo 2. Un lugar para amar y evitar: relaciones con el espacio

2.1 Introducción

En uno de sus cuentos, Nikolai Gogol narra una de las numerosas historias que se entretejen detrás de la Avenida Nevski, aquel reconocido bulevar peterburgués que durante siglos ha captado la imaginación de propios y ajenos a la antigua capital imperial rusa. Un espacio en donde los contrastes surgen y se opacan a cada instante, a partir de los usos diferenciados que se hagan de sus lugares: la belleza percibida de sus edificios se une con la desconfianza hacia el sector y las diferentes formas que adoptan los consumos culturales cambian la experiencia de las personas que la transitan.

Así mismo, y guardando las distancias culturales e históricas, en La Candelaria las constantes formas de interacción con las calles, plazas y demás edificaciones de la localidad logran generar experiencias distintas de una persona a la otra, las cuales terminan por caracterizar los espacios y darles un significado más allá de lo que se puede observar.

En el desarrollo de este capítulo se analizan las relaciones y usos diferenciados que los entrevistados tienen con los espacios de la localidad. Al analizar a La Candelaria, hay que tener en consideración que se trata de un espacio que logra configurar dentro de sí dos lógicas simbólicas que se entremezclan para causar un directo impacto en la manera en que la localidad es vivida: de una parte se encuentra el ser considerado un espacio histórico, patrimonializado, que se ve sometido a intervenciones, reclasificaciones y limitaciones en el uso del espacio según criterios de preservación arquitectónica; mientras que del otro se ubica el de las lógicas “renovadoras urbanas”, que procuran intervenir el sector con el fin de “transformarlo” hacia un modelo de ciudad elitizado, que desplaza aquello que considera parte del deterioro, en este caso, edificaciones antiguas y personas en condiciones económicas desfavorables (Carrión & Núñez-Vega, 2006).

Estas dos situaciones se encuentran estrechamente relacionadas en las narraciones de las personas entrevistadas, quienes presentan en sus relaciones con los espacios que los rodean una situación paradójica que se expresa en un fuerte aprecio al sector a la par de quejas y preocupaciones. Es de esta manera en que se presenta este capítulo, el cual se encuentra dividido

en dos partes: en primer lugar se destaca a La Candelaria como un sector a amar, en torno al cual se encuentran apreciaciones positivas hacia la localidad, aquellas que la convierten en un espacio deseable para ser habitado. Se analizan además los usos que los diferentes residentes de La Candelaria hacen de estos espacios apreciados.

En la segunda parte se abordan las relaciones con el espacio que son motivo de desagrado por parte de los entrevistados, aquellas condiciones que hacen de la localidad un espacio para evitar. Así, se tratan las percepciones negativas alrededor de calles, andenes y plazas, los cuales son vistos como un punto de preocupación debido a la presencia de indigentes y suciedad que le dan a dichos espacios una imagen de deterioro. Asimismo, se indagan los límites simbólicos que los entrevistados otorgan a La Candelaria y por último se pone en evidencia cómo en los procesos de “renovación urbana” conllevan a tensiones entre sus habitantes.

2.2 La Candelaria: un lugar para amar

Este aparte centra su análisis en las apreciaciones positivas que los diferentes entrevistados tienen de la localidad que hacen de esta un lugar para amar. La Candelaria es percibida como un espacio agradable y altamente deseable para vivir debido a su patrimonio material arquitectónico y a la riqueza cultural del sector. Sin embargo, este consenso aparente entre los grupos analizados deja a un lado los matices existentes: de una parte, los vecinos del sector expresan un apego a la zona que trasciende las edificaciones y se une a sus trayectorias residenciales ligadas a los espacios de la localidad. En ella han habitado durante décadas –e incluso generaciones- y se allí encuentran en muchos casos sus amigos y familiares. De otra parte, las distancias sociales entre los entrevistados hacen que alrededor de los espacios de la localidad existan usos diferenciados de los espacios en torno al consumo cultural, el cual cambia la forma en que son vividos los lugares.

2.2.1 “Está viejita pero bien cuidada”: idealizar los espacios de la localidad

Los espacios que conforman La Candelaria resultan ser unos ampliamente admirados por sus residentes, sin importar la posición dentro del espacio social en que se encuentren. Estas perspectivas confluyen en la idea de una localidad bella, deseable para ser habitada, con una gran oferta de servicios y experiencias, en torno a la cual existe un apego que busca exaltar sus espacios. Sin embargo, este acuerdo aparente entre los grupos entrevistados diverge al considerar las condiciones particulares de cada una de las poblaciones entrevistadas.

El punto de partida es el patrimonio material del sector y su consumo. Es significativo que los entrevistados del conjunto residencial identificaron como “sector colonial” una colección irregular de calles que comprenden viejas casonas, algunas “restauradas”, que van de la carrera 7 a la carrera 3, de la calle 9 al sur hasta calle 12 al norte. Esta apreciación se une a la aportada por los vecinos del conjunto quienes llegaron a desarrollar una imagen idealizada de la localidad, un espacio de gran belleza, cultura e historia.

La belleza que se le atribuye a las construcciones coloniales que aún se preservan en la zona y a los edificios gubernamentales. Ejemplo de esto es la Plaza de Bolívar, punto crucial de la historia de Colombia, que se halla a no más de cuatro calles del conjunto y es uno de los

espacios más valorados por su carácter icónico y distintivo -salvo en un caso, su consideración fue positiva-, un espacio visto como agradable “para ver” y el paso obligado en las caminatas de ocio cuando estas se presentan y un claro motivo de orgullo.

La idealización de La Candelaria se encuentra también presente en las perspectivas de los vecinos a “La Bruja”, tal como afirma Antonio:

Todo lo que se ve por acá es lo mejor de Bogotá. **Lo mejor de aquí es todo.** Además como es pequeña todo está cerca. Acá no más está la [Biblioteca] “Luis Ángel Arango”, muchos museos, hay donde estudiar lo que uno quiera, para abogados, para ingenieros, para los que les gustan las artes. **Lo que se le pase por la mente acá hay.** Hay también iglesias bien bonitas, yo como creyente voy mucho a la Iglesia de la Candelaria. Usted entra y es como un museo. **Está viejita pero bien cuidada.** Yo que he andado por varias partes del país le digo que acá hay mucho por hacer.

La Candelaria es expuesta dentro de estas narraciones como el mejor espacio para vivir de la ciudad, siendo magnificado constantemente dentro de perspectivas como la de Jorge,

Yo me considero un ciudadano de La Candelaria, nacido, criado y envejecido en él. Para mí todo esto que llaman disque la localidad es en realidad un gran barrio. Lo adoro. Tiene la mejor cultura, excelentes teatros, iglesias hermosas y bien antiguas, todas coloniales. También uno mira que aquí están las mejores universidades del país, colegios. No, ¿Qué no hay acá? De todo. Acá hay de todo. **Para nosotros, sigue siendo la “Atenas Suramericana”**

Sin embargo, a pesar de esta convergencia aparente de percepciones, al analizar en detalle las narraciones se encuentra cómo existen otros aspectos que van más allá de la materialidad del sector: los nuevos habitantes del sector, en este caso los residentes de “La Bruja”, ven con gran agrado a la “renovación urbana” que hace de este lugar una oportunidad para vivir en un entorno patrimonializado y cómodo; mientras que para los vecinos del sector La Candelaria es un conjunto de afectos contruidos con base en una larga historia residencial en la zona, a partir de la cual se han trazado “redes de solidaridad” y afectos.

De una parte, estas estructuras se encuentran actualmente en distintos casos siendo parte de proyectos de “renovación urbana”, la cual es un punto clave para entender el interés que se tiene en la zona: *“Lo mejor de La Candelaria es que es un sitio muy bueno, muy acogedor, al menos por donde yo vivo –afirma Juan-, porque si Ud. mira es como si uno no viviera en el centro, estando ahí mismo. Ojalá todo se vuelva así”*. La idea de estar rodeado de un espacio patrimonializado y arquitectónicamente bello impulsa la imagen positiva de las transformaciones materiales a las cuales se ve sometida la localidad y refuerza el deseo de permanencia en la zona, tal como lo considera Andrea: *“[...] ahora que se está invirtiendo en el centro esto se ha hecho*

genial porque la “renovación” permite que muchos de estos espacios tan bonitos, que fueron pensados en usarse, pueden seguir sirviendo. No como antes que todo se caía, ¿Si me entiendes? Da gusto quedarse”.

De otra parte, resulta significativa la manera en que los vecinos al conjunto residencial logran generar una mayor vinculación a los espacios del sector, motivados ya no solamente por el patrimonio material, sino además debido a la residencia continua dentro de La Candelaria. Al entrar a analizar las entrevistas, en todos los casos se encontró cómo la permanencia en la localidad es una que se remonta a varias décadas, llegando en algunos casos a ser estos los lugares en donde se desarrollaron sus procesos de infancia.

Uno de estos casos es el de Inés, quien afirma con gran orgullo: *“Me crié en el centro, primero en el barrio Santa Bárbara, para luego pasar [al barrio] Belén. Allí duré un poco más de 15 años. Ahora me bajé por acá⁵ porque todo me queda más cerca, es más seguro para mí y pago lo mismo [...] Ni por el carajo dejo el centro, todo el mundo está aquí, no conozco a nadie fuera del centro. Por eso aquí es muy bueno”.* La permanencia en los espacios de la localidad genera en una fuerte vinculación debido a que en ellos se encuentran presentes numerosas “redes de solidaridad” –aspecto que será tratado a profundidad en el siguiente capítulo– que hacen de la experiencia de La Candelaria única. Tal como lo considera Manuela: *“Yo no salgo de La Candelaria, porque aquí todo es muy bueno, no veo por qué tenga que irme: aquí tengo a mis amigos, a mi familia, mi negocio. Además la identidad de La Candelaria es única, ya Ud. a cualquier parte y verá que nada se le parece. [...] Es muy sabroso todo. Esta localidad es lo mejor”.*

Estas diferencias en perspectiva se ven asimismo en las maneras en que los espacios de la localidad se ven usados, siendo en el caso de investigación, el consumo cultural el factor más destacado.

2.2.2 Usos del espacio: consumo cultural como punto de diferenciación

Dentro de la perspectiva de Bourdieu, el gusto es un elemento clasificador dentro de las dinámicas del espacio social, el cual, manifestado dentro de esta investigación como consumo cultural, funciona como un elemento central en los procesos de producción, mantenimiento y reproducción de las distancias sociales entre las personas (Bourdieu, 1993). El consumo cultural

⁵ Cerca de la Universidad de la Salle, sede La Candelaria.

toma, en este orden de ideas, una función clave en la legitimación de las distancias sociales entre las diferentes posiciones dentro del espacio social, trasladando el peso de elementos tales como el capital económico y cultural a una idea de disposición cultural internalizada y naturalizada en las personas (Bourdieu, 2012).

La disposición cultural, vista de esta manera, conlleva a la ilusión de una “distinción natural” entre las múltiples personas posicionadas diferentemente dentro del espacio social, sirviendo como ayuda a la formación de jerarquías sociales basadas en las maneras y usos de las formas legítimas de consumo y cultura (Bourdieu, 1993).

Al abordar las formas diferenciadas en que el espacio de la localidad es vivido por parte de los entrevistados, se pueden resaltar contrastes muy relevantes. Por el lado de los habitantes conjunto residencial, se encuentran personas tanto involucradas directamente en la creación artística como también en su consumo, es decir que, tanto la actividad artística como el uso de la oferta cultural resultan ser una parte fundamental en la vida de estos habitantes.

Dichas actividades pueden iniciar a manera de hobby, como fue el caso de Juan, para quién la fotografía se ha hecho una actividad usual y profundamente placentera. Iniciando hace más de una década, ha evolucionado en estilos y contextos desde sus inicios en el buceo hasta los días que corren, en donde intercala paisajes, animales y sujetos. Complementa su afición con un consumo constante de material bibliográfico que adquiere en dos de las principales librerías del sector, Fondo de Cultura Económica⁶ y Librería Lerner⁷, llegando a complementar su actividad comercial con lo artístico. Durante la entrevista afirmó respecto a su gusto que,

Hay una fotógrafa famosa, una americana Dorothea Lange, que tiene una obra muy bonita. Es mi favorita. También me gusta Ansel Adams que toma unas fotografías a blanco y negro de paisajes. Como le digo, yo llegue ahí por el buceo, yo tenía una camarita y me gustaba tomar mis fotos y un día me dio por tomar unas fotos fuera del agua y me gusto mucho. En el buceo era persiguiendo peces y aquí soy persiguiendo aves. Y me gustan todavía las aves, leo mucho sobre tipos de aves, para entenderlas, para saber cómo son y cosas así. Eso me gusta bastante. Luego llegué a la artesanía: la estudio los sábados de 8:00 am a 12:00 m., en la [Escuela de Artes y Oficios] Santo Domingo⁸. Ahora hago una cosa que se llama “Telares de los Andes”. [...] Voy también al Museo de Arte, aquí el del Banco de la República⁹. Claro, cuando hay exposiciones fotográficas. Toda la fotografía me encanta.

También está Nicolás para quien la actividad literaria ha marcado su vida desde su juventud. A pesar de los tropiezos académicos iniciales se mantuvo, llegando hoy a considerar

⁶ Ubicado en la Calle 11 No. 5-60.

⁷ Ubicada en la Avenida Jiménez No. 4-35

⁸ Ubicada en la Calle 10 No.8-73

⁹ Ubicado en la Calle 11 No. 4-41

como su mayor predilección la literatura. -Destaca como uno de los privilegios que ha podido tener en su vida es el haber asistido en París a varios seminarios que abordaban el tema de la *Deconstrucción*, dictados por el crítico Jacques Derrida-.

Yo soy escritor, he publicado varios libros de ensayo, varios de poesía y he publicado una novela. Todo esto a la sombra de la Universidad de los Andes, a donde volví, -luego de que me habían echado como polluelo de ingeniero-, como profesor de literatura. [...] [Lo que más suelo hacer es] leer y escribir. E ir al cine. E ir a conciertos. E ir a exposiciones. Entonces mi vida está íntimamente ligada al mundo del arte, de la literatura, de la historia y del cine. Tengo muy buena formación para sustentar estas cuatro cosas.

Para Carolina, la creación artística ha hecho desde hace mucho tiempo parte de su vida. Entre sus actividades más usuales se encuentran,

Ir al teatro, el teatro en general, me gusta mucho. Por lo general voy a[l Teatro de] La Candelaria¹⁰, que me queda además muy cerquita. Más o menos una cuadra de la casa, o sea eso es bien. Y bueno, estoy en el grupo de teatro de la universidad. Los sábados por ejemplo voy a los ensayos del grupo de teatro. He hecho teatro desde el colegio, cuando estaba pequeña estudié teatro en la Casa del Teatro Nacional como un año y luego en la Academia Charlot. Y hacía teatro en el colegio. Me he presentado varias veces y ahora estoy en el grupo de la universidad.

Incluso entre aquellas personas, para quienes la labor artística no es una de sus habilidades, se encuentran en estrecha relación con el arte. Tal es el caso de Pablo, quien en sus palabras se considera,

Un buen lector, cuando estaba en la universidad escribía algo. He estado muy cercano al arte con un proyecto, una corporación para hacer intercambios con artistas. Somos cinco, todos del campo de las artes y yo era el que los ayudaba con el área tributaria. Era una plataforma de artistas, traíamos gente de todo el mundo y llevábamos artistas de acá a otras partes. Trabajamos con la Embajada de Corea, hemos traído 12 artistas coreanos; ellos vinieron. Gente de muchos lugares, de España, Inglaterra, Latinoamérica.

Posteriormente adquirió un apartamento, el cual usa hoy como “taller de artistas, una biblioteca y le arrendamos a un artista francés que está ahí por un año.”

En contraste con los habitantes del conjunto residencial, para los vecinos inmediatos, el uso de su tiempo libre se aparta de las actividades hasta aquí enunciadas. Al cuestionar sus prácticas más usuales, emergen usos diferenciados de los espacios que conforman la localidad. Estas actividades se ven marcadas por el reconocimiento de la amplia oferta de actividades que brinda el sector, pero que, a su vez, son dejadas a un lado por no ser vistas como atractivas.

De esta manera, uno de los espacios de La Candelaria más frecuentados por los vecinos del sector resulta ser la Carrera 7, en el occidente de la localidad. En torno a ella, se establecen puntos de encuentro entre vecinos o amigos para departir una caminata al igual que la aparición

¹⁰ Ubicado en la Calle 12 No. 2-59

de un factor clave en el entretenimiento: “El Septimazo”¹¹, el cual se configura como una toma de las calles por parte de los ciudadanos de Bogotá, en donde convergen artistas callejeros, pequeños comerciantes, vendedores ambulantes y, en general, el público de todas las edades con el fin de pasar su tiempo.

Dentro de esta perspectiva se encuentra Manuela: “[...] *Me gusta mucho salir a caminar por ahí: estar, por ejemplo, en “El Septimazo” los viernes. Subo y bajo por ahí, miro qué hacen los artesanos y también me gusta esa gente que pinta cosas con tizas; es muy bonito*”. En muchas ocasiones las labores domésticas del día a día logran absorber parte del tiempo libre; sin embargo, cuando la oportunidad se presenta, la Carrera 7 es un claro punto de convergencia en el cual resulta posible pasar un buen momento en compañía de los más cercanos: “*Normalmente hago oficio –afirma Laura respecto a su tiempo libre- porque no queda casi tiempo entre semana. Toca también organizar todo para la siguiente semana. Pero a veces, voy donde mi mamá, salimos con mis hijos a comernos un helado o una mazorca y ver esas cosas que hacen los viernes por la [Carrera] 7: vamos hasta la [Calle] 26 y nos devolvemos hasta la Plaza de Bolívar. Jugamos a veces que a tumbar cosas con las peloticas o vemos cantar a la gente*”.

También el Parque de los Periodistas¹² y el Parque Santander¹³ fueron mencionados por los habitantes de fuera del conjunto como ejes de las actividades extra-laborales y, dentro de esta perspectiva, el pasear o el compartir momentos con familiares y amigos se entrecruza con uno que otro consumo ocasional de pequeños productos que ofrece el lugar tales como: helados, mazorcas asadas, comida rápida o cervezas. Inés destaca estos lugares como punto de encuentro entre sus amigos y familiares: “*Me gusta estar, por ejemplo, por el Parque Santander o el Parque de los Periodistas. Es muy rico. Uno se encuentra ahí, a veces, con los amigos, sale un rato, habla con la gente, hasta se come uno algo. A veces me llevo a mi hijo. Subimos también a Monserrate, donde el “Señor Caído”: ir allá y ver la ciudad es para mí muy sabroso. Me tranquiliza*”.

Estas formas de uso del espacio procuran una apropiación material y simbólica de La Candelaria a través de prácticas que priman la interacción directa con aquellos muy cercanos. Sin embargo, dentro de las entrevistas tanto con los vecinos del sector, se encuentran presentes

¹¹ Ubicado sobre la Carrera 7 desde la calle 13 hasta la calle 26. Su nombre deriva de la carrera y tiene lugar los viernes, cuando la tarde cae y la noche se alza.

¹² Ubicado en la Avenida Jiménez, No. 3-01

¹³ Ubicado en la Cra. 7 No. 15-00

críticas hacia los espacios de la localidad, los cuales se consideran como en proceso de decadencia, con una fuerte presencia de indigencia y suciedad que afecta negativamente la experiencia de La Candelaria. Esta perspectiva resulta también compartida por los habitantes de “La Bruja”, quienes ven la necesidad de realizar intervención material en el sector debido a dicha decadencia.

En esta “cara negativa” de la zona se encuentran además los límites simbólicos que los entrevistados han trazado del sector y las tensiones que los procesos de gentrificación en la localidad vienen causando entre los habitantes más vulnerables de La Candelaria.

2.3 La Candelaria: un lugar a evitar

En el cuento *La casa tomada*, Julio Cortázar narra la historia de Irene y su hermano, quienes decidieron dedicar sus vidas a la protección de una gran casona argentina. En ella, los protagonistas encuentran simbolizados sus mayores afectos familiares: sus historias de infancia y la tradición de sus antepasados; dos aspectos que fortalecen la vinculación con el lugar. No obstante, sus deseos se ven frustrados cuando paulatinamente, un pequeño espacio a la vez, la casa se ve tomada por algo o alguien de quien no tienen plena conciencia, pero temen. Nunca logran percibir de qué se trata, no existe una experiencia directa con el “invasor”, pero con el paso del tiempo su posición dentro de aquel antiguo hogar se ve marcada por el miedo ante la amenaza desconocida; resignación ante lo que creen inevitable empero no llega jamás.

Una situación similar a la descrita por el escritor franco argentino se puede encontrar en la manera en que los habitantes de la localidad expresan su inconformidad con el espacio público y trazan los límites simbólicos en torno a La Candelaria. Así, en primer lugar, y subdividido en dos partes, se aborda al espacio público de La Candelaria a través de las percepciones y cómo las tensiones en su interior repercuten en las formas en que es experimentado el espacio; una subdivisión se concentra en el señalamiento del estado visible de la zona en cuanto a transeúntes estandarizados como indigentes mientras que la otra subdivisión señala la percepción de los habitantes ante la presencia de personas extranjeras.

Durante el desarrollo de las entrevistas y los ejercicios de cartografía que se realizaron con los dos grupos de informantes, se abordaron las relaciones que, tanto los habitantes del conjunto residencial y los denominados vecinos inmediatos, poseen con los espacios de la localidad. Fue a partir de estas narrativas que empiezan a emerger las fronteras simbólicas en el espacio, construidas en torno al miedo y la percepción de inseguridad a lo largo de La Candelaria.

Dentro de esta perspectiva, resultó interesante ahondar en las distintas maneras en que la percepción que se tiene de la seguridad y de peligros en el espacio de la localidad afecta la manera en que esta es experimentada e interpretada. Así, a lo largo de este aparte, me propongo exponerle al lector, de una parte, aquellos temores y limitantes que trazan los entrevistas a sus

cotidianidades en La Candelaria; seguidamente, analizar los componentes subjetivos que logran conformar la inseguridad, la noción de vulnerabilidad en el espacio frente a amenazas.

2.3.1 “Acá es sálvese el que pueda”: el espacio público como lugar en deterioro

El espacio público de la localidad puede ser comprendido como un “lugar” debido a su caracterización como conector social entre los residentes y visitantes de la zona de La Candelaria, el cual se encuentra cargado de cúmulos de recuerdos, experiencias y apropiaciones (Carr, 1992), que a su vez hacen de los andenes, parques, plazas y demás edificaciones que se ubican a los alrededores, los intermediarios de la interacción pública entre las personas, dentro de un proceso de experiencia comunicativa continua con otros (Goodsell, 2003).

Tomando como punto de partida a los habitantes de “La Bruja”, dicho espacio es visto por lo general con una connotación negativa, como un espacio abandonado digno de ser “intervenido”. Es un punto de convergencia de personas consideradas no deseadas asociadas a una otredad marcada por el desorden, la pobreza y el peligro. Las calles son aquella “tierra de nadie” a la cual se deben enfrentar al salir de los cómodos muros del conjunto residencial.

En este espacio público “desamparado”, confluyen personas que son directamente relacionadas con el desorden social. Trátese de indigencia o suciedad, todo esto puede ser encontrado afuera de los muros del hogar. Es además entrar de súbito a un contexto social marcado por la pobreza, allí “se ve algo más real, más cercano a lo que se presenta en el día a día en Colombia –dice Hellene- [...] afuera es el día a día con sus problemas. La gente, por ejemplo, son personas con un nivel socioeconómico mucho más precario y tiene muchas más luchas y en ese nivel, hay una diferencia entre los que viven adentro y los de las casas alrededor.”

Nicolás lo afirma:

Es muy fácil, la Candelaria es un barrio de gente pobre, de gente que no tiene casa, servicios públicos, bienes materiales. Dentro de todas estas casas de la candelaria hay mucho inquilinato. Hay mucha falta de alcantarillado, incluso ahora; pero bueno, todo eso está bien tapado por la preservación, por las fachadas, por la supuesta memoria histórica. [...] A pesar de las múltiples reformas y revoluciones, yo me atrevo a afirmar que la candelaria es un 80% gente menesterosa y un 20% de clase media y ni un 1% de clase media alta.

El salir a la calle desde esta perspectiva es el dar un paso a un espacio marcado por el desorden, en donde no resulta agradable departir. Así, se encuentran narrativas como la de Andrea para quien,

No hay una identificación plena de un espacio público, o sea, no lo logró identificar. Las calles son estrechas; digamos muchas veces se ven también desperdicios o basuras. No hay un lugar donde uno pueda ver un espacio público. [...] no puedo ver un espacio público que sea aprovechable, que uno pueda usar, se pueda reunir, compartir. No lo logro identificar.

La idea de suciedad, de inconformidad con el entorno es una característica que se repite. Pablo lo comprende como un espacio “con mucho vendedor y sucio”, un contexto propicio a ser intervenido, en donde “hay que hacer un trabajo fuerte para crear conciencia”. “El espacio público está desamparado –dice con sentimiento de tristeza Luis- [...] en la actualidad el espacio público del centro está deteriorado, abandonado. **No le han vuelto a prestar la atención que debiera.** No está en su mejor momento.” Es un sentimiento de desazón marcado por una idea de escaso control, pues, en palabras de Juan, “aquí todo el mundo hace lo que le da la gana. [...] **El espacio público aquí es el que cada quien se puede hacer, acá es sálvese el que pueda**”.

Esta perspectiva de desamparo frente al entorno también resulta compartida por los vecinos del conjunto, quienes centran sus preocupaciones en la presencia de indigentes. Estos sujetos marginalizados por su condición de miseria resultan frecuentemente asociados a las diferentes actividades criminales que tienen lugar en la zona y son vistos, por ende, como un “peligro para la comunidad”; parias de la localidad. El sentimiento de “decadencia” del La Candelaria es expresado claramente por María, quien en sus palabras,

Horrible, **el espacio público acá es lleno de indigentes**, de vendedores ambulantes. **Ya no es el barrio de antes.** No sé cómo se atreve la alcaldía a mostrar éste muladar como modelo, acá las basuras están por todo lado, las calles huelen, discúlpame lo grosera, a mierda. Es terrible. Los ambulantes no dejan caminar. [...] en las calles se sigue viendo todo sucio, incluso hace poco se cayó una casa por acá cerca y así no les cobran impuestos por abandono.

Afirmaciones compartidas por Antonio, cuya perspectiva de los espacios públicos es bastante negativa. Considera que

La cosa está grave. **Hay mucha inseguridad.** Hay inseguridad, porque, bueno, no sé bien. Pero hay. Hay mucho muchacho “mal parqueado” viendo quien se descuida. **Mucho indigente.** [...] Uds. que son los jóvenes y profesionales deberían hacer algo, escribanle una carta al gobierno para que hagan algo.

El vínculo indigencia-inseguridad-necesidad de intervención se encuentra en posturas como la señalada por Manuela, “ellos [los indigentes] son un problema. Donde quiera que vayan, son un problema. Ellos no dejan trabajar, atracan a los muchachos y a los vecinos. Debería haber más policías; deberían sacarlos de aquí y que no vuelvan”.

Estos discursos aquí recogidos se encuentran enmarcadas dentro de su contexto de enunciación, una localidad en cambio. En ambas perspectivas puede hallarse un aparente

consenso en torno a la imagen negativa que se tiene frente al espacio público; no obstante, las posturas divergen en los énfasis que se tienen, pues, de una parte, los habitantes del conjunto residencial centran su preocupación en la pobreza y suciedad del lugar; en su abandono y necesidad de “ser llamado al orden” a través de una intervención material.

De otra parte, los vecinos del sector tienen como eje central de sus inquietudes la presencia de indigentes y su percibido impacto en la seguridad del sector, una aproximación que fija sus miras en las personas que desde su óptica afectan la imagen idealizada de La Candelaria.

2.3.2 “Ya uno no sabe quién es quién”: el peligro como límite simbólico en La Candelaria

A partir de las entrevistas realizadas se pone en evidencia que dentro de La Candelaria se configuran numerosos “espacios de miedo” (Lindon, 2007), asociados a la presencia de criminalidad. Es aquí cuando las vulneraciones percibidas o experimentadas generan una idea de peligro, esta noción de peligro presente en el sector facilita el trazo de límites simbólicos frutos del miedo a ser vulnerado. Esta expresión de temor es un proceso socialmente construido que tomará matices dependiendo de dónde se enuncie y a su vez dicha enunciación dependerá de las experiencias que una persona tenga (Silva, 2004).

El temor percibido que un conjunto de habitantes siente hacia una determinada localidad puede ser entendido como un proceso de comunicación o interacción que hace uso de canales socioculturales para transmitir sus mensajes y hacerlos inteligibles a una contraparte (Niño, 2002). De esta forma, los imaginarios urbanos asociados a la peligrosidad de la localidad son los principales elementos sobre los cuales se construyen los límites simbólicos de los entrevistados frente al sector.

Para los habitantes del conjunto entrevistados lo peligroso comienza en las fronteras de la localidad: la carrera décima al occidente (el lugar con mayor mención), la calle séptima hacia el sur y el barrio Egipto son los lugares donde está concentrada una alta percepción de vulnerabilidad. Esta noción de peligro va acorde al momento del día del cual se esté hablando, es decir, las dinámicas son diferentes del día a la noche tal como lo expresa Pablo:

Del centro de la [carrera] 7 para abajo no son lugares chéveres y menos en la noche. El centro tiene esa particularidad, el de ser uno de día y otro diferente en la noche. De día es relativamente seguro, hay mucha gente, pero cuando cae la noche es otra película. Para mí no es muy grave porque yo no salgo

de noche, tengo a los niños, y tipo 8 [pm] estoy en la casa, pero el centro no es un lugar muy tranquilo para caminar de noche.

La noche emerge como limitante para la vida cotidiana en La Candelaria. Una narración se puede encontrar, por ejemplo, con Carolina, para quién:

[...] todo lo que quede debajo de la [carrera] 10ma, me parece muy peligroso. De la [carrera] 10ma hasta la [carrera] 8 me parece muy peligroso, porque hay muy poca luz, pero de día está bien, yo paso por ahí. Además por ahí pasa mucha gente, pero en general de día puedo andar por todo lado.

No sólo se vincula esto con el tránsito por la carrera décima sino que es una característica general que aparece en diferentes entrevistados de “La Bruja”. Se considera que una vez cae el sol las potencialidades para ser agredido se disparan, llegando a puntos en los cuales la caída de la tarde e inicio de la noche, 6:00 pm a 7:00 pm, son ya vistos como líneas barrera a no ser transgredidas para el desarrollo de cualquier actividad. Tales perspectivas se encuentran en lo dicho por Juan, quién afirma que, *“luego de las 6:00 [pm] llego a la casa y no salgo [...] porque veo cómo cambia el centro y se hace muy inseguro. En cualquier momento me roban o me pasa algo”*. Palabras muy similares surgen de Helene, pues *“es muy complicado regresar tipo 7:00 [pm] a La Candelaria, por esto de la inseguridad. [...] Nunca me ha pasado nada, pero prefiero prevenir. Uno ve por la calle robos, bueno, no atracos fuertes sino que alguien te saca la billetera y cosas así”*.

Ahora bien, para los vecinos, La Candelaria es un lugar peligroso en la mayor parte de su extensión; ellos concuerdan en la alta vulnerabilidad sentida durante el tránsito por la carrera décima al occidente y en las proximidades a la Avenida de la Circunvalación; no obstante, se observa que la idea de inseguridad está a lo largo de la localidad y la posibilidad de agresión no está en la hora del día, sino en la disposición personal frente al espacio urbano. De esta forma Manuela afirma:

Todo depende de uno cómo vaya, de cómo se vista y hasta de cómo uno hable. Si uno piensa irse de loco y descuidado por ahí sin respetar los lugares peligrosos, pues ‘lleva’. Al ladrón no hay que dejársela fácil, porque, ya sabe cómo dicen, ‘Al ladrón lo hace la ocasión’. **Uno tiene que ser bien avisado.** Si uno tiene eso en mente, nunca nada le pasa. Yo bajo a la [Carrera] décima, por ejemplo, muy normal y no me pasa nada. Para mí es muy normal aunque no me gusta ir por lo sucio.

Para ella, no existen horarios, sólo actitudes: *Mire –me decía-, yo acá conozco a mucha gente, me hablo con todo el mundo, y hay unos que los roban hasta al medio día, mientras que a mí nada. A los avisados no nos roba es nadie.*

Lógicas similares expone Laura, para quien La Candelaria es un lugar de peligros ocultos. Un espacio en donde lo riesgoso se ha hecho parte de una normalidad. A ella misma, nunca le ha sucedido nada, pero sí puede hablar de víctimas entre sus conocidos, incluso sus hijos. Reconoce que los robos son el principal problema de la localidad, pues *“acá los robos son algo diario”*:

También “raponean”. Pero es por todo lado. Aunque a ratos mejora, porque ponen vigilantes y otros vienen hasta con perros, pero no crea. Eso le puede pasar a cualquiera. [...] y es que además, si los viera, son bien ágiles para robar. Hasta caminando lo roban a uno, le sacan todo y uno ni cuenta se da.

Ella logra hacer una distinción a partir de los métodos empleados de los peligros frente a otros espacios de Bogotá, ya que *“en el norte lo drogan a uno y lo roban. Allá son más elegantes, pero bien peligrosos. En el sur, sur. Lo “chuzan” a uno facilito. Pero bueno, como todo, mientras uno vaya en lo de uno y pilas, no le pasa nada”*.

María, quien considera que *“en La Candelaria siempre hay trabajo para los ladrones; roban por acá porque saben que hay más dinero y gente por las universidades”*. Finalmente, Inés, aporta la idea común frente al peligro de la zona, en toda La Candelaria se puede ser sujeto a agresiones, en especial robos; no obstante, la carrera décima, y las careras sucesivas, aparecen como los puntos focales de peligro, congestión vehicular, basuras e invasión al espacio público. Según afirmó ella en la entrevista, la zona es la carrera décima: *Allá hay una ladronera impresionante, pero es a toda hora. Ya uno no sabe quién es quién. Yo por lo menos trato de ir sólo cuando me toca y con mi esposo, si no, no voy. Es bien jodido”*.

Al preguntarle si cumplía algún papel la policía, Inés afirmó que era de escasa utilidad: *Eso la policía no sirve para nada, menos ahora que andan en esas ‘moticos’*. *Mi sobrino trabaja con ellos y, eso qué va, no pasa nada. Mientras ellos están no pasa nada, pero entonces lo roban a uno al lado*. De esta manera, se impone la idea según la cual es responsabilidad del propio ciudadano la seguridad personal.

Por último, para Antonio la localidad es una zona de extrema prevención, según afirmó, existen grandes redes criminales involucradas en el robo de transeúntes. Estos grupos, dijo, no sólo facilitan armas, sino además lugares para esconder la mercancía, así como formas para venderla posteriormente, en sus palabras:

Yo le digo esto en privado, pero, ya sabe, no se lo sostengo ante un policía, porque no quiero que me pase nada, pero acá hay mucha gente que hace como quien vende dulces y mentiras, que son cómplices. Ellos guardan todo y luego pasan otros que se hacen como que

compran, pero le echan en una bolsa el celular robado o las carteras. A veces hay unos que fingen reciclar. Ya uno los conoce y lo evita.

Desde su perspectiva la policía resulta insuficiente y de escasa efectividad porque *“esos ladrones son hasta inteligentes, ahora andan bien vestidos y despistan a todos”*. Fue por eso mismo que no ha decidido mudarse, porque *“acá mi hijo tiene todo a 10 minutos”*. Sin embargo, en la medida en que *“pasa el tiempo”*, empieza a creer que éste no es un lugar para las personas de tercera edad, porque *“ya uno de viejo empieza a ver que lo intentan a uno robar, además que todo está muy sucio y ni taxis suben de noche”*.

2.3.3 Percepciones frente a cifras

Ahora bien, ante las diferentes percepciones de inseguridad queda expuesta la inquietud frente a si estas nociones se ven reflejadas en los niveles de criminalidad estadísticamente puesto que cada año las autoridades distritales emiten las cifras en la tasa de homicidios, robos a peatones, robo de vehículos, residencias, horas habituales de robo y nociones de inseguridad en la zona entre otros.

En primer lugar, la tasa de homicidios para el año 2013 de la localidad de La Candelaria se halla en su mejor estado en décadas: 0 muertes violentas (Veeduría Distrital, 2013; Cámara de Comercio de Bogotá, 2013). Y *“la variación de la tasa pasó de 41.2 muertes por cada 100.000 habitantes (en el 2012) a 0 (en el 2013). [De esta forma] La Candelaria ocupa el puesto más bajo [en la ciudad, si se le compara con los primeros puestos tales como] Suba (118), Kennedy (204) y Ciudad Bolívar (240)”*. (Bogotá, ¿Cómo Vamos?, 2013¹⁴; p.57). La Candelaria, al igual que Sumapaz, son los dos únicos espacios, en el año que termina, que pueden sustentar una tasa nula de homicidios. Sin embargo estas halagadoras cifras presentan una caída al hablar del año 2014: según la Veeduría Distrital, para el año 2014 el número de muertes violentas en la localidad alcanzó 4 víctimas (p.9), reposicionando a La Candelaria con una tasa de 33.1 muertes por cada cien mil habitantes.

En segundo lugar, delitos de importancia -tanto para los habitantes de la “La Bruja” como para sus vecinos-, como es el caso de los hurtos a personas. Según el informe del Observatorio de Seguridad de Bogotá (2013) la localidad presenta una de las tasas más bajas en la ciudad,

14 Localidades cómo vamos 2013, Tomo 5

ubicándose al año 2013 como la segunda con menos hurtos reportados (p.32). Esta información revela además que las cifras reciben un alza en el horario correspondiente de las 12:00 m a las 6:00 pm, con un 36% de los casos; no obstante, estas no resultan significativas si se tiene en consideración que un 28% de los actos criminales son hechos de 6:00 am a 12:00 m y un 22% sucede de 6:00 pm a 12:00 am. Así pues, desde esta perspectiva, no resulta empíricamente plausible afirmar que la noche posee una superioridad en factor de riesgo frente a otras horas del día, sin por esto dejar de señalar que la principal modalidad activa de hurto es el atraco con un tercio de los hechos.

Un hecho similar se tiene respecto al hurto a residencias. La Candelaria aparece, dentro de este mismo informe, como la localidad con menos casos: sumando siete en el año 2013. Los momentos en que tales actos suceden son de una equivalencia para destacar: la mayor parte de los hechos tienen lugar en la tarde 34%, en la noche el porcentaje es de 29% y en la mañana de 22% (p.43). Finalmente, frente al hurto de vehículos, La Candelaria se posiciona en el último lugar con sólo cuatro casos, la mayoría de los cuales tienen lugar en la noche con un 51% (p.48).

Con base en estos datos estadísticos y teniendo en cuenta los datos revelados por los entrevistados se puede afirmar que el peligro, si bien presente, se encuentra principalmente en la percepción y no en acciones materialmente significativas dentro del contexto de la ciudad. Al respecto, existen también cifras que logran afirmar la polarización presente en la localidad frente a la seguridad. Por un lado el 36% de los habitantes de La Candelaria dice sentirse seguro (Cámara de Comercio de Bogotá, 2013, p.71), en contraste con un 31% que se consideran vulnerable (Bogotá, ¿Cómo Vamos?, 2013¹⁵, p.58). La imagen de inseguridad crece más rápido que los delitos consignados en los registros policiales. Estos imaginarios se alimentan no de experiencias negativas, las cuales como se pudo apreciar en la mayor parte de los casos es nula, sino de las influencias producto de las apreciaciones de vulnerabilidad que se encuentran en el voz a voz y se ven reforzadas por los estamentos públicos, quienes plantean un contexto hostil.

2.3.4 “No voy a dejar que dañen mi barrio”: tensiones en la gentrificación

A diferencia de los habitantes de “La Bruja”, los vecinos que residen fuera de esos muros tienen otro grupo que no resulta ser estimado: el de los “extranjeros”. A su manera de ver, la relación que existe entre los nuevos “recién llegados” a la localidad con su contraparte ya

¹⁵ Encuesta de Percepción Ciudadana 2013

establecida conduce a tensiones, producto de la compra de propiedades en la zona. No se trata aquí de una hostilidad xenofóbica sino de un rechazo a la gentrificación que empieza a ocurrir en La Candelaria, situación de la cual culpan a los foráneos.

En las narrativas de los vecinos del sector entrevistados ya empieza a percibirse una imagen negativa, en especial en contra de la población foránea al país, debido a lo que se puede considerar un desplazamiento físico y simbólico. Dicha forma de desplazamiento logra ser percibida de tres maneras: en primera instancia, la idea de una baja de su poder de decisión como ciudadanía y escasa información por parte de las autoridades; acto seguido, procesos de agresión simbólica a las formas de vida y a las relaciones que usualmente venían llevando a cabo los pobladores más antiguos; y finalmente, los extranjeros ya dejan de ser vistos como nuevos sujetos que enriquecen socialmente a la localidad, para ser ahora vistos como invasores.

Bajo la perspectiva de los entrevistados, no existe plena claridad sobre los procesos que han de ser llevados a cabo con el fin de “revitalizar” la localidad y estos se han tornado una simple compra de propiedades, acompañadas de retoques a los sitios de interés turístico como museos y galerías, mas no un verdadero incremento de la calidad de vida de sus habitantes menos favorecidos. María expresa esto claramente al afirmar que

[...] Yo no sé qué pienses, pero yo no veo que esto mejore. Hablan, por ejemplo de la renovación urbana, pero yo no la veo. Veo que arreglan ciertas calles y algunas iglesias, que los alrededores de la Plaza de Bolívar han mejorado, que pintan los museos y que ahora todo se volvió “histórico”, pero **en el resto de calles uno ve que nada mejora**. Mira, todo está sucio, hay días en que nos quitan la luz y hay partes en que, discúlpame, huelen a mierda. Incluso hace poco se cayó una casa por acá cerca por físico abandono. [...] La gente intenta ayudar, pero no es suficiente.

Para Inés, de otro lado, es un proceso que emplea herramientas y estrategias para afectar a los dueños más antiguos. En sus palabras,

[...] claro, **todo se ve muy chévere, pero es bastante injusto**. Llegan con el cuento que la casa está vieja, que ahí vivió quién sabe quién y que la tienen que comprar. Otras veces molestan tanto que lo hacen a uno vender. Y bueno ¿Pues qué hace uno ahí? Vende la casita. **Para mí lo más injusto es lo poquito que dan a uno para que ellos se lleven todo**. A veces dan COP\$100.000 por metro [cuadrado] y luego para la calle. Dígame, ¿Uno que compra con eso? ¿De qué va a vivir? Además **dejar botado al barrio para irse Dios sabe dónde**.

El escaso conocimiento de los planes de renovación urbana que se emprenden dentro de las políticas distritales ha conducido al sentimiento de desamparo frente a estos cambios. Bajo

los casos aquí analizados, se considera que la administración distrital y local ignora las apreciaciones de sus habitantes. Tal como lo expresó Jorge,

“Mire Ud. cómo está esto de mal. **Uno le pone cariño al barrio, pero nada.** Ahora, tenemos un alcalde [menor] que no hace sino mandados y un Petro¹⁶ que es un enfermo, autoritario de izquierda que cree ser el único que puede pensar. En su democracia no se admite nada. Él toma las decisiones como le da la gana. [...] **¿Y nosotros qué? ¿Cuándo nos preguntan algo o nos piden ayuda? Eso es como si uno no valiera nada**”.

La incertidumbre se ve reforzada cuando aparecen proyectos urbanísticos de cierta envergadura que amenazan las viviendas y viejas relaciones de los vecinos. Compras masivas de viviendas, como la ocurrida hace tan sólo un par de años en el barrio Egipto (Gómez, 2012). Esta compra contribuyó a la idea según la cual los habitantes serán físicamente expulsados y cambiados por extranjeros que vienen al país a comprar sus predios.

Dos de las entrevistadas - Manuela y Laura - hablaron respecto a este tema y afirmaban que una organización pretendía comprar la totalidad de predios de Egipto para derrumbarlos y hacer allí un complejo de apartamentos para extranjeros acomodados. Sin embargo, en la realidad se encontró algo diferente: bajo el plan original de estos inversionistas, todos ellos colombianos, se debían comprar varias manzanas con el fin de transformarlas en modelos de viviendas-talleres artesanales dentro de una fuerte influencia romantizada de la Baja Edad Media de Europa Occidental. No obstante el fracaso acaeció más allá de si esto era gestionado desde Colombia o desde más allá de las fronteras nacionales (Gómez, 2012).

Las tensiones no se quedan solamente frente a las compras, sino que se ven fortalecidas frente a la presencia de nuevos establecimientos. Estos nuevos negocios son, en sí, una forma de segregación, debido a sus precios y muchas veces a restricciones claras.

En este orden de ideas, resultan significativas las palabras de Manuela, para quién estos espacios,

[...] **podrán ser muy bonitos, o a mí me parecen, pero no me gustan.** Por ejemplo los hostales, a uno le cuentan de esos sitios muchas cosas, viene gente que me cuenta que ellos, los “gringos” están hasta prohibiendo la entrada a los colombianos. Que venden droga, que eso se está llenando de putas. De verdad, es como si nos estuvieran invadiendo. Ellos se quieren adueñar de todo, pero eso no va a pasar. **No voy a dejar que dañen mi barrio, que se pierda mi identidad. Ahora, esa gente trae también más ladrones, porque andan con “plata” y con cara de bobos** y vienen a robarlos. [...] A los extranjeros no les importa nada, hacen basura, no cuidan, rayan. ¿Sabe qué me molesta más? Qué traten mal a la gente. Lo mejor de La Candelaria somos nosotros, la gente de verdad. Nosotros le damos vida al barrio, ponemos siempre la cara.

¹⁶ Gustavo Francisco Petro Urrego, Alcalde Mayor de Bogotá 2012-2015.

En una postura similar, se encuentra Laura, quien rechaza la presencia de sus nuevos vecinos. En sus palabras, **“es terrible, tremendo. Ellos poco a poco nos van a sacar. Vienen y compran manzanas enteras. Mire nada más la [calle] 9, está todo lleno de extranjeros. ¿Y uno qué con esa gente? Ellos ‘ni fu ni fa’ con nosotros”**.

Las tensiones también aparecen en el transcurrir diario, tal como lo expresa Inés,

[...] Esos extranjeros se están apropiando de todo. Todo es todo. ¿Y por qué, si eso es nuestro? Yo crecí en este barrio y, a este paso, me voy a morir aquí. ¿Ud. cree que me gusta esto que están haciendo? Pues no. **Se están apoderando del sector. Además, ellos son muy secos, torpes y groseros. No se dejan ni hablar.** Por acá a veces pasan y ni saludan y todo es dando órdenes, como si fueran los dueños de todo. Ni le hablan a uno. O viene y hablan como en inglés o una cosa rara, pero ¿Qué les va a entender uno? Mi esposo ha tenido problemas con ellos, porque se enojan cuando uno no les entiende. ¿Si me entiende? Ellos, nada de nada con uno y aparte abusivos. Hasta su mundo es al revés.

El sentimiento de expulsión que enfrenta a los vecinos con los extranjeros parte de las distancias sociales que separan a los dos grupos, posicionando a los primeros en una condición desfavorable frente a los segundos. Las brechas en la posesión de capital económico hacen que sean posibles las compras de numerosos inmuebles en un corto tiempo, lo cual acentúa la noción de desplazamiento que ya se venía presentando con los proyectos de “renovación urbana” en el sector, reforzado la experiencia de una localidad “invadida” y en disputa.

Ahora bien, es importante tener en cuenta que dentro de las narraciones de los vecinos se halla enfatizado a la figura del extranjero como agente activo de la gentrificación y no haya habido mención alguna de los ciudadanos colombianos ubicados en una posición más favorable dentro del espacio social, -que en las últimas décadas han comprado, remodelado y hoy habitan en La Candelaria-. Sin embargo, esta situación podría analizarse como una forma de autocensura durante las entrevistas debido a las distancias sociales percibidas por algunos habitantes ante el investigador, quien puede llegar a ser comprendido como alguien más cercano a los residentes de “La Bruja” y a los “invasores” en general.

En ambos casos, tanto para los residentes del conjunto como para sus vecinos, se puede observar que el fenómeno de la gentrificación repercute en las perspectivas que se tienen de la localidad. En primera medida, la visión de lugar “transformado” que oferta la idea “renovadora urbana” procura captar la atención de un público de clases medias y medias altas de alto capital cultural que se siente atraído por vivir en un espacio patrimonializado, pero que busca alejarse de la deslegitimación simbólica que presentaba una localidad en decadencia material y sumergida en un contexto social problemático. Este nuevo modelo de La Candelaria no logra ser encontrado

en la interacción regular frente a un espacio público diverso que es percibido en múltiples ocasiones como intimidante y como recordatorio de tiempos no muy distantes en que la localidad llenaba encabezados de periódicos describiéndola con adjetivos negativos.

Por otra parte, los vecinos que habitan fuera del conjunto encuentran como parte fundamentalmente negativa la presencia de gentrificadores que se encargan de desplazarlos. Si bien, no existe prueba de que la mayor parte de las actuales reformas materiales tengan origen en el capital extranjero, la mezcla de malos entendidos, diferencias sociales, incremento de turistas y de servicios que los acojan, los convierten en sujetos sospechosos de la situación que los aqueja. Si a esto, se le suma la escasa efectividad que ha tenido el distrito en promocionar los cambios que tiene planeado hacer, en los cuales usualmente no están incluidos, y la expulsión gradual debido a precios de los consumos en la zona, se tiene el fundamento de los rechazos frente a la localidad.

De esta manera, se puede entender que la paradoja de vivir en un espacio amado y a la vez visto con reservas, parte de la gentrificación misma que aún no ha concluido. Estas posturas presentan como punto diferenciador, la orilla del contexto que se viva.

Capítulo 3. Relaciones con otros

3.1 Introducción

En el tercer y último aparte de esta investigación, se analizan las relaciones de vecindad, familiaridad y amistad entre los entrevistados, es decir, aquellas interacciones presentes tanto entre los miembros de los dos grupos aquí tratados (los habitantes de “La Bruja” y los denominados vecinos), como aquellas que se sostienen con sus familiares y amigos. De esta forma, el documento se presenta dividido en dos grandes partes: la primera trata sobre las distintas maneras en que se presentan las relaciones sociales con las personas físicamente más cercanas en el espacio, es decir sus vecinos colindantes. Seguidamente, la segunda mitad aborda las interacciones existentes entre los externos a sus espacios de vivienda habituales en la localidad –haciendo énfasis en aquellas que tengan lugar dentro de ella-: se profundiza en las vinculaciones de amistad, familiaridad y entre los grupos entrevistados.

A su vez, cada una de estas partes es presentada incluyendo dos subcapítulos que ponen en evidencia cómo suceden las relaciones desde la perspectiva de cada conjunto de casos. Esta división permite dar cuenta de las diferencias sociales y de contexto entre los entrevistados, al igual que facilita el contraste entre las narrativas. Asimismo, permite evitar confusiones al lector con la palabra “vecino”, la cual es utilizada –dependiendo del contexto que se esté tratando- como sustantivo –en cuyo caso permanecerá igual- o como categoría propia de la investigación –que pasará en lo sucesivo a ser *denominados vecinos*-.

3.2 Relaciones con los vecinos

3.2.1 “Uno acá se acerca, saluda, pero no se pasa de ahí”: relaciones dentro de los muros de “La Bruja”

En su obra *La Distinción* (2012), Pierre Bourdieu afirma que las relaciones sociales entre individuos se encuentran influidas por la posición que estos ocupen dentro del espacio social; a partir de allí se establecen formas de simpatías y vínculos, teniendo como base:

[...] el desciframiento inconsciente de características expresivas de las que cada una de ellas solo toma su sentido y su valor en el interior del sistema de variaciones según las clases [...] El gusto es lo que empareja y une cosas y personas que van bien juntas, que se convienen mutuamente (p.282).

Esta tendencia se ve marcada no solamente por reacciones y posturas físicas sino además por consumos y prácticas usuales que son identificadas por otros sujetos, clasificadas e interpretadas. Es así como las similitudes entre los habitantes de *La bruja* resultan significativas y se puede deducir que la interacción cotidiana entre ellos sería concurrente, sin embargo este no es un caso en que se aplique esta tendencia.

A partir de las entrevistas se puede constatar que la mayor parte de los miembros poseen entre sí vínculos relativamente débiles, expresados en intercambios que, la mayor parte del tiempo, no pasan de la cortesía. En efecto, la “cordialidad” aparece con alta frecuencia como adjetivo principal usado para describir los procesos “normales” de relación entre los habitantes, llegando a declaraciones tan puntuales, e incluso sorprendentes, como la de Pablo, para quien las relaciones vecinales son “inexistentes”. *No sé quiénes son. No sé si por ellos o por mí, pero nada. Y eso que llevo aquí 5 años.* Esta situación puede ser equiparable con lo dicho por Carolina, para quién, en sus palabras, *nunca he visto un vecino, es decir, rara vez. Uno ve semejante pasto en la mitad del conjunto y nadie suele estar ahí.*

Estos comentarios lacónicos de los entrevistados respecto a la socialización pueden parecer una exageración. Pese a esto, las expresiones sólo confirman lo que es también afirmado por los otros miembros del conjunto, o sea, se constata que es una tendencia. Por ejemplo, desde la perspectiva de Juan:

[...] Aquí la gente es muy atenta, muy normal y culta. Eso facilita mucho las cosas. Pero así que uno pueda contar como un buen amigo o amiga, no sé. Yo conozco a mis vecinos, pero no me sé ni sus teléfonos y, de algunos, ni sé el nombre. Sin embargo, todos son muy atentos. [...] Uno acá se acerca, saluda, pero no se pasa de ahí. Más bien, aquí todos los amigos son los que tiene el perro: él sale, la gente lo conoce,

lo acaricia, él se arrima a todos, mientras yo soy solo uno [más] que hay y no más de ahí.

Al analizar el uso del espacio comunal, expresado aquí como el patio central del conjunto, se encuentran numerosas concepciones y prácticas distintas, en las cuales no existe una visión homogénea sobre los usos legítimos del espacio y en donde prevalece una distancia entre los moradores de “La Bruja”. Estas perspectivas conducen a relacionarse de diferente manera con el entorno y por ende devienen en comportamientos que en algunos casos llegan hasta el antagonismo entre los mismos habitantes del conjunto. De esta forma, para algunas personas, entre ellos les gusta la idea de un espacio completamente en “tranquilidad” sin perturbación alguna. Esto ha conducido a peticiones punitivas frente a cierto tipo de actuaciones, tal como lo expresa Nicolás:

Yo he recibido propuestas de gente para que los demás no se besuqueen cuando salen de aquí, de algún apartamento, en la madrugada bien “prendidos”. Que pusieramos unos reflectores y unas sirenas, que cuando el celador sintiera que estaban abusando del césped, se prendieran las luces y sonara la alarma; pero hombre, eso es de campo de concentración.

Sin embargo, más allá de las personas y de sus actividades nocturnas, las narraciones convergieron una y otra vez en un tema de interés: los perros. Es con base en estos animales que se puede comprender mejor la dinámica de las relaciones sociales entre los habitantes.

Los poseedores de mascotas hacen parte de un reducido -pero socialmente activo- grupo, el cual, considera el patio central como un punto clave de sus actividades. En el proceso diario de salir con sus perros al césped se establecen vínculos que posteriormente logran trascender la “cordialidad” presente, sin que por esto se alcance una relación que implique mayor intimidad. Hellene claramente lo expresa: *hay una relación ligada a la tenencia de perros, por esa misma condición se hacen interacciones. De no ser por eso, las relaciones serían muy reservadas.*

De forma similar, Andrea considera que los vínculos que sostiene con sus vecinos están marcados por la tenencia de su mascota Selva. En sus palabras, el espacio verde sirve para que *se establezcan diálogos por las mascotas, las mascotas juegan entre ellas. Entonces es más que todo con los propietarios de mascotas.* Estas personas que frecuentemente se unen sin planearlo para la recreación de sus canes se denominan a sí mismos como “los perrunos”. Juan, quién es un “miembro activo” de esta espontanea organización, la explica así:

[...] aquí hay dos bloques: de un lado, están los “perrunos” y, del otro, los “anti-perrunos”; entonces los de los perros los amamos y los otros no los quieren ver. Entonces los “anti-perrunos” siempre están mandando cartas [exigiendo] que los perros deban estar amarrados; que no puedan salir; que no puedan usar el jardín; que no

pueden orinar en la columna, pero bueno, nosotros los “perrunos” no “paramos muchas bolas”. Entonces siempre hay ese problema, pero para mí mientras el perro no le haga nada a nadie todo está bien. El mío por lo menos es muy mansito, pero hay unos que si son bravos y ahí yo si entiendo: hay unos que salen a ladrarle a la gente y le tiran a ladrarle y aunque no muerdan pues a uno le da susto y pues bueno, **no a todo el mundo le gustan los animales, hay que entender eso**. Hay gente que no les gusta y pues uno entiende. Así que hay gente que no les gusta que los perros anden sueltos o ladren. Entonces generalmente uno los tiene amarraditos y pues si los va a sacar o si hay gente afuera en el parque, pues yo no lo suelto para que no les vaya a molestar.

De esta forma, al abordar las relaciones presentes entre los habitantes del conjunto residencial se pone en evidencia que las formas de sociabilidad al interior de “La Bruja”, a pesar de que para varios entrevistados son inexistentes, se hallan presentes en expresiones de respeto hacia aquellos que se considera similares. Las tensiones que suelen emerger se relacionan a irrupciones de la “tranquilidad” que se espera de estos espacios: ya sea que se trate de mascotas corriendo en los espacios comunes o personas alicoradas, lo que se procura preservar es la cordialidad entre los residentes. Incluso manifestaciones como los “perrunos”, se ubican dentro de las simpatías corteses que no pierden de vista a los vecinos con posiciones contrarias a la posesión de canes.

3.2.2 “Si uno mira, todos somos amigos”: *denominados vecinos* y su relación con el vecindario

En contraste con las narraciones de los habitantes de “La Bruja”, las ocupaciones laborales son una de las circunstancias que más logran condicionar la interacción entre los *denominados vecinos* y localidad debido a los horarios que manejan y, en algunos casos, la atención constante de sus establecimientos. Sin embargo, existe siempre un tiempo para establecer relaciones con sus vecinos; en efecto, al analizar las entrevistas realizadas, se denota una estrecha vinculación entre los *denominados vecinos* con los otros miembros de la comunidad, es decir, sus cercanos sociales.

Dentro de esta perspectiva se ubica Manuela, para quién sus vecinos:

Son gente muy buena. **Si uno mira, todos somos amigos. Yo por lo menos me hablo con todo el mundo. Con todos. Nunca hemos tenido un solo problema.** Tengo hasta gente por aquí cerca y lo más bonito es como todos viven pendientes de uno. La gente es muy bien. [...] Yo tengo muchas amistades en La Concordia, por ejemplo. También tengo en Belén, allá conozco a varios. En Egipto, y pues en todo lado. Uno aquí se integra con todo el mundo, conoce a mucha gente.

Estos procesos de constante interacción sirven no solamente como maneras de socialización, sino además como pilares sobre los cuales se tejen redes de solidaridad que

enfrentan problemas tales como la delincuencia. Ciertamente, la percepción de vulnerabilidad que normalmente tienen los *denominados vecinos* ha hecho posible unir fuerzas para combatir una posibilidad latente y hacer lo mejor en dichas situaciones. Antonio lo expresa claramente en su entrevista, pues para él:

[Las relaciones] son muy buenas, perfectas. **Si necesitamos algo, es cuestión de ir a hablar con la gente y alguien le termina a uno ayudando. Somos gente muy solidaria.** Claro, no puedo decir que todos seamos amigos, hay muchos con los que me hablo muy de vez en cuando, pero nos ayudamos. **A veces incluso nos reúne la policía y hacemos talleres para mejorar como nos colaboramos y cosas así.** Y sí es una buena idea, porque si Ud. mira yo me la paso mucho en la calle, mientras atiendo aquí y pues me parece excelente que pasen los vecinos, lo saluden a uno, le avisen a uno... Sí, hay gente medio rara por ahí. Aunque podríamos ser mejores, pero yo creo que el trabajo también afecta, acá todos andamos corriendo, cada quien en lo suyo, tratando de buscar la comida.

Incluso personalidades más reacias a los contactos, como es el caso de María, se tiene que existen vinculaciones con las distintas personas que conforman su vecindario inmediato. Durante la entrevista expresó que:

Normalmente somos muy respetuosos. Las relaciones son muy tranquilas y llenas de respeto, aunque te acepto que no son muy fuertes. Y no pasa porque hayamos tenido problemas o algo así, al contrario, nunca hemos tenido ni un disgusto, sino que el trabajo es para mí siempre lo primero. Yo me la paso acá quieta en lo mío, trabajando y pues los pocos espacios que tengo no me dan como par ser una buena amiga. Cuando llegan las vacaciones y esto se queda sólo, pues me voy a La Vega. En general me gusta la soledad, estar muy en contacto con la naturaleza. Otra cosa que me afecta es que cada vez hay menos gente, **los viejos vecinos vendieron y ahora viven estudiantes por acá cerca**, entonces ellos andan en su mundo, además de que cambian mucha gente, vienen y van todo el tiempo.

Esta cercanía y cooperación puede ser entendida como una estrategia, una respuesta a una parcial manera de inseguridad social. En efecto, desde la perspectiva de las investigaciones de Robert Castel (2004), con respecto al desarrollo de los procesos capitalistas, una amplia parte de la población – el trabajador industrial – se encontró a sí mismo vulnerable ante los posibles cambios adversos en su existencia, ya sea por desempleo, accidentes o problemas de salud, y se halló en “riesgo social”, es decir carente de protecciones sociales ante un momento de crisis. Es a partir de esta situación que en lo sucesivo, como reacción a esta dramática situación y sus posibles consecuencias sociales, emergen formas de propiedad social que procura ayudar a aquellos en tiempos de necesidad. Esta respuesta se sustenta en la un modelo social de asalariados; una sociedad de semejantes protegidos del “riesgo social”, a pesar de las diferencias entre sí (Castel y Haroche, 2003).

Esta sociedad de asalariados logra entretejer maneras de protección entre los individuos facilitando la inclusión y los procesos de socialización (Castel et al., 1998;1994), dicho modelo social resultó vulnerado por una sistemática flexibilización a nivel mundial del capitalismo a inicios de la década de 1970 (siendo en Colombia más visible 20 años después), lo que condujo a una mayor incertidumbre. La movilidad generalizada de las relaciones en el trabajo devino en procesos de descolectivización para aquellos miembros con posiciones profesionales que pudieron mantenerse e inclusive mejorar sus condiciones en este nuevo escenario; sin embargo, quedaron otros muchos trabajadores en una posición vulnerable o excluida.

Estos patrones que resultan de las dinámicas sociales del capitalismo industrial de finales del siglo XX permiten dar cuenta de las interacciones diferenciadas entre los entrevistados. Es decir, la mayor cercanía y solidaridad entre los vecinos inmediatos al conjunto residencial pueden ser comprendidas como estrategias que procuran de cierta manera la creación -por precaria que sea- de formas de protección frente a un entorno socioeconómico que paulatinamente los deja atrás. Esta forma de protección basada en la cercanía busca dar respuesta al “riesgo social” posible que se tiene dentro de la economía informal que la mayor parte de los denominados vecinos poseen.

En contraste con los vecinos externos al conjunto, la “cortés indiferencia” que presentan los habitantes de “La Bruja” hace parte de la “reindividualización” producto de estos procesos ya mencionados. Es así como puede analizarse que entre muchos de estos silencios entre los habitantes subyace un sentimiento de “no deberle nada a nadie” característico de aquellas personas que sostienen un nivel profesional académico y que asumen la trayectoria de su propia vida, o mejor decir en palabras de Castel, *empresarios de sí mismos* (Castel, 2004).

3.3 Relación con otros en La Candelaria.

3.3.1 “Sólo no somos amigos, no hay de qué hablar”: relaciones fuera de los muros

En el aparte anterior se ha tratado el cómo suceden las relaciones al interior de los muros, las tensiones que manejan y sus puntos de convergencia; no obstante, también es necesario comprender el entorno inmediato, el vecindario externo, y la manera en que se construyen los vínculos entre las diferentes personas que conviven fuera de los muros del conjunto.

Existe un fuerte debate respecto al efecto que tienen las “Gated Communities”¹⁷ en los procesos de interrelación de las personas dentro del contexto del espacio urbano, en algunos casos, las perspectivas son reservadas frente a los aspectos sociales positivos que tienen este tipo de organizaciones socio-arquitectónicas en lo que respecta a la cohesión interurbana (Caldeira, 2000; Low, 2001). Sin embargo, existen así mismo otros casos, voces de disenso, que logran matizar o cuestionar seriamente el impacto de los muros en lo que respecta a la construcción de lazos entre los distintos grupos involucrados, aportando así nueva luz sobre este fenómeno (Álvarez, 2007; Sabatini et al., 2001; Salcedo, Torres, 2004).

A pesar que “La Bruja” no puede ser considerado una “Gated Community” en el sentido estricto del concepto, sí sirven estas descripciones como puntos de partida sobre los cuales se pueden trazar paralelos para comprender mejor las relaciones entre sus habitantes y sus vecinos externos.

Las distancias sociales entre las distintas posiciones existentes en el espacio social se hallan inscritas en los cuerpos, el lenguaje y en las maneras de clasificación del otro. De esta manera se establecen estrategias que permiten la interacción con los demás y al mismo tiempo mantener una distancia que logra poner en evidencia las diferencias presentes (Bourdieu, 1989). Estos comportamientos, aunque no intencionados, se materializan en un distanciamiento que toma como punto de partida la caracterización de aquello que se considera ajeno en términos comprensibles para un sujeto-emisor de un acto y que denoten una relación de poder sobre un sujeto-receptor definido.

¹⁷ Complejo residencial que se caracteriza por el acceso restringido a sus espacios, los cuales son resguardados por un cuerpo armado privado, muros altos o cercas fuertemente defendidas. En su interior se hallan distintas comodidades urbanas, llegando en numerosos casos a incluir centros comerciales, parques y plazas, que procuran brindar espacios inter-urbanos protegidos por lo general a grupos privilegiados (Álvarez, 2007; Salcedo & Torres, 2004)

Dentro de esta perspectiva, Hellene logra construir una imagen de los vecinos de afuera como *personas con un nivel socioeconómico mucho más precario y [que] tienen muchas más luchas y en ese nivel, hay una diferencia entre los que viven adentro y los de las casas alrededor*. Esta consideración de pobreza ante los externos que los rodean se entremezcla con la idea de vulnerabilidad e inseguridad y conlleva al hecho que las relaciones se basen principalmente en la funcionalidad. Esta vinculación que se asemeja mucho a la simple transacción comercial en donde la interacción se ve motivada por la satisfacción de necesidades de consumo y no por simpatías personales.

Respecto a sus relaciones con el entorno inmediato, Luis lo plantea claramente durante la entrevista afirmando que:

No, nada. Con el entorno inmediato, independientemente de la condición que haya alrededor, se es cordial con el de la tienda, con el vecino, ¿Vos ubicas la tienda del frente? Es un inquilinato modernizado y nunca ha habido una mala relación. No hay recelos. **Sólo no somos amigos, no hay de qué hablar.**

Esta “indiferencia tolerante” (Sabatini, F. et al., 2012), expresada aquí como la idea, según la cual no existen factores en común que logren unir a estos grupos de personas se refuerza con la idea de la “dificultad” que existe para profundizar en las relaciones, a lo cual se culpa a la ciudad de Bogotá, a su inseguridad y no a su desinterés propio. Andrea es comparte esta perspectiva. Considera, por ejemplo, que:

Es muy difícil establecer relaciones sociales con la gente de la zona. Yo creo que eso aplica a todas las personas que viven en el conjunto residencial [...] [No se suele] ir más allá de saludar al vecino o al señor de la tienda o de saludar a las personas de los lugares que uno frecuenta como los supermercados pero de ahí a algo más largo, no; no recuerdo que esto me resulte fácil. Además si tú te fijas, sí, son buenas personas, pero ellos están en lo suyo y yo en lo mío.

No obstante, esta situación que hace “difícil” generar una interacción no sucede de la misma forma cuando se trata de personas que son considerados similares, o sea, pares sociales a los cuales se puede y se suele acudir. Nicolás considera como sus principales relaciones en la zona a “la gente del Teatro de La Candelaria de Santiago García¹⁸, de Patricia Ariza”¹⁹. Dentro de esta misma perspectiva, Carolina plantea que sus relaciones se basan en la interacción únicamente con sus amigos hechos en la universidad en el transcurso de sus clases:

¹⁸ Arquitecto colombiano destacado dentro de la escena nacional del teatro.

¹⁹ Historiadora colombiana destacada en la dramaturgia y poesía nacional.

Tengo un amigo que vive cerca, como al frente; en un edificio en la siguiente cuadra. Nos encontramos seguido [...] Y bueno, con Adriana, la que te digo que vive ahí cerca al Parque de los Periodistas.

Estos contrastes podrían reforzar la idea según la cual la presencia del conjunto residencial no promueve la disminución de la segregación entre la población de La Candelaria puesto que sus habitantes no logran generar una relación fuerte con sus vecinos más próximos. La idea de “cordialidad” en las interacciones busca dejar a un lado el hecho que, tal como lo afirma Álvarez (2007), tomando como referencia lo dicho por Bonilla (1997) y Drake y Cayton (1970) en sus respectivos estudios sobre raza y sus consecuentes impactos en el compartir de los diferentes grupos, la importancia de estos vínculos no radica en su presencia o ausencia sino en su calidad.

Al analizar el distanciamiento con sus vecinos más inmediatos, y de la localidad en general, se ve reforzado por las distintas presiones del entorno familiar. Una característica común en el desarrollo de las entrevistas fue la mención de la resistencia que presentaron los más cercanos al mudarse a La Candelaria. Esta decisión fue vista con prevención y desconfianza, pues el espacio era frecuentemente asociado a aspectos negativos de la ciudad.

Estas narrativas contrarias al vivir dentro de los límites de la localidad afectan la manera en que se experimenta la interacción con los otros más allá de los muros del conjunto. La cercanía residencial a personas y espacios que son vistos como distintos, dentro de una perspectiva socioeconómica, sostiene la noción de miedo, recelo y desconfianza, ya que La Candelaria es considerada por hermanos y padres de los entrevistados como parte de un centro capitalino lleno de personas “non-gratas”. Respecto a esto resulta muy dicente la historia de Juan, frente a la reacción de su círculo más cercano frente a su mudanza a “La Gota de Leche”²⁰:

Cuando conté la idea en mi casa de que iba a vender el apartamento de la [Calle] 127 y me iba a venir al centro mi mamá me regañó. “¿Cómo se le ocurre a Ud. irse a vivir allá? Todo lo malo pasa en el centro”. Mi papá no me bajó de bruto y no hacía sino darme consejos. Tan es así que cuando yo me vine a mi mamá casi le da un infarto, porque para ella me iba a volver un indigente, un drogadicto. Hasta me preguntó que si es que tenía problemas de plata. Ellos creían que iba a vivir en un inquilinato, lleno de ladrones o “mujeres de la calle”, porque no se imaginaban que aquí podía haber gente decente. [...] Sí, decente, gente educada, que no le hace mal a nadie que trabaja. Como mi papá o como yo. ¿Si me explico?

Esta afirmación es importante al analizar las maneras en que se construyen aquí los habitantes del conjunto frente a los vecinos del sector. Por un lado, está la idea de la presencia de

²⁰ Condominio ubicado a dos calles de “La Bruja”.

“gente decente”, es decir, personas con una posición socioeconómica similar a la suya, poseedores de un capital cultural considerable y que se caracterizan por una independencia financiera, ya sea como asalariados con ingresos superiores o poseedores de pequeños negocios. Y por otro lado está la perspectiva de aquellas personas ajenas que transgreden esta “decencia” y que se encuentran más allá de los muros: los criminales, marcados por la pobreza y la drogadicción. Por supuesto, no hay que perder de vista que en esta narración existe un fuerte componente irónico frente a los imaginarios de sus padres, los cuales son vistos como exagerados.

De manera similar, Andrea se vio enfrentada a una oposición donde no sólo le era recalcado el número creciente de peligros, sino además en cómo el espacio de la localidad es para gente bohemia, para el consumo de licor y de narcóticos.

Más contundente fue aún la respuesta que recibió Luis de sus amigos, quienes:

[...] No volvieron nunca más a mi casa desde que me pasé a[l barrio] Santa Bárbara. Yo ya ni los busco. Muchos creen que en el centro pasa de todo, se aterran con el medio. Eso fue de las cosas que menos me gustó. Cuando vivía en la Alhambra, era normal que me visitaran, tocábamos guitarra y se iban algo tarde. Pero, ¿Y ahora? Ni lo piensan. Ahora me toca ir a mí.

Estas expresiones de miedo y de rechazo a las personas que los rodean, aunque no proviene directamente de los entrevistados de “La Bruja”, conducen a la separación simbólica y al mantenimiento de nociones que afectan negativamente la posible integración tanto entre los dos grupos –el primero dentro de los muros y el segundo fuera de ellos-, como con los demás habitantes de la zona.

3.3.2 “Eso es lo bonito del barrio, uno puede tener buenas relaciones con la gente”: denominados vecinos y sus relaciones.

La familia y los amigos resultan ser una parte importante en las experiencias con el espacio por parte de los *denominados vecinos*. En el desarrollo de las entrevistas, enumeraron diversas actividades que por lo general son realizadas en compañía de sus más allegados, de esta forma, cuando existen espacios de tiempo disponible, la relación con las personas allegadas es una parte clave.

En varios entrevistados, hay casos de personas cuyos parientes no se encuentran viviendo con ellos, tal como Jorge que posee una familia numerosa, no sólo por el número de sus

hermanos sino además por sus cinco hijos y, a pesar de que cuatro de ellos viven fuera de la ciudad, mantiene contacto estrecho con todos ellos, en sus palabras:

¿Mis relaciones familiares? son buenas, muy buenas. Mis hijos son mi orgullo, gracias a Dios tuve unos buenos muchachos. Entonces con el que vive en Cali nos solemos llamar mucho, a veces vienen los nietos y se quedan en vacaciones conmigo. Me encantan mis nietos. En general eso es algo que pasa con todos, ellos suelen venir mucho y pues me hacen fiestas en mi cumpleaños, en navidad o viene alguno o me llevan. Salimos con mi señora y pasamos una semanita con las familias de ellos. Muy sanas esas familias. Con el que más me veo es con mi hijo el que vive en Bogotá. Él pasa por la tienda al menos una vez por semana, anda pendiente de llevarme al médico, le trae cositas a la mamá. Me siento muy a gusto con la familia que tengo. Gracias Dios, pude hacerlo bien.

Una narrativa similar se encuentra en Manuela ya que sus dos hijos son una de las razones en la cual se inspira para continuar adelante luego de que fue asesinado su hijo menor, - éste acontecimiento fue un punto muy sensible durante la entrevista puesto que luego de dos años aún sigue siendo fuerte el recuerdo de quien fue una de sus más altas estimaciones-. De sus palabras se puede destacar:

[...] mis hijitos son mi mayor tesoro y ellos se han portado muy bien conmigo. Ellos ahí van, construyendo su vida, ya todos se fueron a vivir solos. Pero, para que, andan siempre muy pendientes de mí, me ayudaron mucho luego de la muerte de mi hijo, el menor. Todavía me acompañan seguido, uno de ellos suele venir y almuerza aquí conmigo todos los días, me suele invitar a cine, me lleva a la “Media Torta”, o me traen regalitos. Pero no crea, aún con todo es duro perder un hijo, muy duro [...] Tengo otro hijo que trabaja con todo lo social, así que es muy bello. Muy sensible conmigo y me ayuda consiguiéndome gente para que le haga almuerzos. Yo los visito a veces los domingos o ellos vienen, me invitan a un helado. No podría pensar qué sería de mí sin ellos.

Estas formas estrechas de relaciones familiares se ven más presentes en aquellos que cuentan con la presencia de sus hijos o hermanos en las proximidades de la localidad, por ejemplo el caso de Antonio y su hijo, quien hoy estudia derecho en una universidad ubicada en La Candelaria; o el caso de Laura y sus hijos, quienes alternan sus estudios con empleos y su constante ayuda en el hogar. En sus palabras:

Mis hijos son excelentes personas y son de gran ayuda para mí. Ellos madrugan, me arreglan la casa, hacen mercado por mí y los fines de semana me traen cositas, a veces una chocolatina o me compran perros [calientes]. También me acompañan donde mi mami, ellos se la llevan muy bien con la abuela, la consienten mucho. Entre todos nos ayudamos y hacemos todo lo posible para que el otro esté bien. Yo los ayudo con cosas de la universidad, si necesitan algo yo les busco libros, les pregunto aquí a los “profes” y busco recomendarlos en todo lado.

Estas fuertes relaciones se presentan de una forma similar con los amigos, los cuales están presentes por medio de visitas, reuniones en común o por motivos especiales y por medio de llamadas constantes. Dentro de esta perspectiva resultan valiosas las afirmaciones de Jorge:

Con mis amigos nos vemos muy seguido, somos muy cercanos. Hablamos y a veces hacemos comida en casa de alguno, ponemos musiquita y la pasamos chévere. Son amigos de vieja data, nos conocemos hace más de 20 años. Ellos viven por acá cerca y claro, el trabajo a veces nos impide reunirnos, además que ya los achaques nos molestan, pero en general, mis relaciones con mis amigos son excelentes. Con ellos hemos montado negocios, que ya no están porque no nos fue muy bien, hablamos de todo. Eso es lo bonito del barrio, uno puede tener buenas relaciones con la gente.

De igual manera se destaca la entrevista realizada a Laura, quien posee una fuerte cohesión con sus amigos. En sus palabras:

[...] Todos mis amigos viven realmente cerca, a no más de 3 cuadras. Entonces, esto hace que nos podamos ver. Ellos trabajan, uno cerca en una tienda, otra es ama de casa y se queda ayudando con el oficio y tengo otra que trabaja en dulcería y se mueve entre la universidades. Vivimos cerca y es muy normal que nos visitemos, que compartamos mucho. Nos damos consejos, salimos a veces y nos tomamos nuestras cervecitas y nos visitamos. A veces ellos vienen o nos encontramos en algún lugar. Mis amigos me han ayudado hasta cuando la plata no alcanza. Me da pena, pero igual ¿Qué mejor que los amigos lo ayuden a uno?

Esta relación cercana con familiares y amigos, los cuales suelen ser vecinos, pareciera alejarse de la perspectiva que asumen los habitantes de “La Bruja” respecto de aquellos residentes de La Candelaria más allá de sus muros; sin embargo, esta es una divergencia aparente que sienta sus bases en las diferencias que poseen los entrevistados dentro del espacio social. En ambos casos, puede hallarse que las relaciones de amistad se hallan presentes entre personas afines, pero el cambio se encuentra en la seguridad que otorga las condiciones que poseen los miembros del conjunto residencial frente a los denominados vecinos, ya que la protección social, y los procesos de “reinividualización” que esta permite, hace posible que la selección de las amistades quede, en una mayor parte, a criterio de cada una de las personas; mientras que al abordar las narrativas de los denominados vecinos estos busquen privilegiar la creación de “redes de solidaridad”, las cuales no siempre pueden ser selectivas y se encuentran, en buena parte de los casos, a merced de las circunstancias –en este caso los espacios de residencia-. En efecto, la proximidad marcada por un trasegar común hace que el compartir valores e ideas sea algo más usual y un elemento vinculante entre los individuos. En este caso, subyace la camaradería de personas laboriosas y amables entre sí que contribuyen sustancialmente a los procesos de cohesión social, logrando consolidar una mayor integración (Robinson, 2005).

Conclusiones

Esta monografía tuvo como eje de interés central las experiencias urbanas de los distintos habitantes de La Candelaria como punto de partida para analizar la manera en que son vividos sus espacios por grupos ubicados en posiciones distintas dentro del espacio social. En ella, se privilegiaron las entrevistas a profundidad como herramienta metodológica central, a partir de la cual se abordaron tres aspectos fundamentales: en primer lugar la manera en que se producen los usos diferenciados del espacio por parte de sus residentes; seguidamente, profundizar en la forma en que se construyen algunos límites simbólicos; y por último indagar respecto a las relaciones entre las personas pertenecientes a una misma posición y de igual manera aquellas situadas en otra.

Desde una mirada histórica, la localidad resulta interesante para la investigación debido a sus numerosos procesos de cambio urbano que la hacen distinta a las demás de la capital. En esta monografía, se muestra cómo el siglo XX fue un periodo de fuertes transformaciones urbanísticas para la localidad, pasando de ser un espacio en expansión económica, con un amplio peso social para las élites de la época, al deterioro y el abandono. Los nacientes proyectos productivos en la primera mitad de la centuria condujeron a una expansión demográfica capitalina, que se vio ampliada en la medida que llegaban nuevos migrantes, producto de las tensiones políticas que empezaban a emerger en el territorio nacional.

Dichas presiones poblacionales sobrepasaron la capacidad de residencias de la ciudad, que por aquel entonces ocupaba la mayor parte de la actual localidad, impulsando a la formación de barrios de invasión. Estos elementos, sumados a los incidentes del “Bogotazo” y a discursos higienistas -producto de la creciente densidad urbana- condujeron a una expansión de la ciudad y a un paulatino abandono de La Candelaria. Las décadas siguientes no fueron benévolas con el sector, el cual decayó rápidamente siendo objeto de procesos de tugurización y de criminalidad que lo hicieron un espacio poco atractivo.

Con la entrada de la década de 1980, el Estado, por medio de las autoridades distritales de Bogotá, emprende un proyecto de “renovación urbana” que busca intervenir físicamente y socialmente el sector. Aquí se logran integrar, de una parte, las lógicas patrimonializadoras que favorecen intervención y clasificación de la zona, con miras a una preservación arquitectónica de

las edificaciones con valor histórico; mientras que, por parte, están las perspectivas renovadoras que centran su interés en la transformación de los espacios hacia un modelo urbano elitizado, desplazando aquello que considera parte del deterioro urbano, en este caso, las edificaciones antiguas y personas en posiciones económicas desfavorables. Esta conjunción puede ser vista como un proceso de *gentrificación*.

Es con base en este proceso que aparece el Conjunto Residencial “La Bruja”, proyecto que se efectúa en un inmueble con valor histórico para la capital, en donde distintas autoridades, públicas y privadas, presionan para que sea prontamente habitado por personas con un perfil social distinto, caracterizadas por un alto capital económico y cultural. Este proyecto urbano resulta ser uno de los pioneros en este intento de “renovación” de la localidad y es en él de donde parten las entrevistas hacia los grupos ubicados en una posición privilegiada.

Ahora bien, el impacto de la promoción de las inversiones inmobiliarias en La Candelaria puede ser vista desde otra perspectiva al abordar las personas en posiciones menos privilegiadas que ya habitaban en el sector. Desde esta óptica, las transformaciones socio-espaciales que se vienen llevando a cabo tienen en sí unos resultados agrídules, ya que, si bien, de una parte, pueden ser una oferta potencial de empleos y de ventas, también son percibidas como una forma de desplazamiento, de destrucción de una localidad que los ha acompañado durante décadas.

Al analizar las narrativas de los entrevistados, pareciera inicialmente hallarse un punto de convergencia entre los dos grupos en torno a la imagen positiva que presenta la localidad: esta es identificada como un espacio agradable para vivir, en donde el patrimonio es especialmente destacado. Sin embargo, este consenso aparente alrededor del gusto y orgullo por la materialidad de La Candelaria presenta puntos de divergencia: de un lado los habitantes de “La Bruja” consideran positivas las labores tendientes a la “renovación urbana” del sector pues estas otorgan una oportunidad de vivir en un lugar patrimonializado y cómodo; mientras que desde la orilla de los vecinos del sector, más allá de las edificaciones, existe un apego a la zona construido a partir de una larga historia residencial en el sector, a partir de la cual se han trazado “redes de solidaridad” y afectos.

Así, al tratar los usos diferenciados de los espacios de la localidad, existen marcadas diferencias entre las prácticas que tienen lugar en el sector, tomando como punto de partida el consumo cultural. La posesión de capital cultural y económico es un factor determinante en el

uso diferenciado que se le da al espacio debido al papel que cumplen las formas artísticas en la vida diaria de los dos grupos analizados.

De esta forma, del lado de los entrevistados de “La Bruja”, fue posible poner en evidencia que los procesos de creación cultural y artística se encuentran vinculados dentro de sus actividades cotidianas, hallando entre ellos personas con fuertes relaciones en espacios como el teatro, la literatura y la fotografía. Esta participación se encuentra ligada a la su formación académica, la cual se ubica en muchos casos en niveles de posgrado y en ninguno de ellos logra ser inferior al pregrado.

En contraste, las aproximaciones a los denominados vecinos del conjunto residencial se caracterizan por un reconocimiento de la zona y sus ofertas; sin embargo, en un distanciamiento frente a ellas, dentro de una forma de consumo cultural popular que enfatiza la proximidad con los más cercanos y la experiencia de relacionarse con el patrimonio tal cual es. Dentro de esta perspectiva, se privilegian unas maneras diferenciadas de consumo cultural, en donde se le otorga preeminencia a los espacios públicos, tales como parques, plazas y eventos como el “Septimazo”. En ellos, la interacción personal entre amigos y familiares es crucial en la generación y reproducción de los vínculos sociales.

A pesar de estas apreciaciones positivas, existen críticas y molestias hacia los espacios públicos –vistos en este contexto como plazas, calles y andenes-, los cuales poseen una imagen negativa caracterizada por la suciedad, la presencia de indigencia y el desorden que impide un adecuado tránsito a través de las calles de la zona. Esta forma de entender estos espacios se relaciona prontamente con un sentimiento de vulnerabilidad que resulta atribuido a la presencia de indigentes, ya que estos, al estar en una posición de marginalidad, se les vincula con actividades delictivas y son considerados “riesgosos” y dignos de evitar.

El sentimiento de vulnerabilidad que los entrevistados expresaron respecto al espacio público es la base sobre la cual se logran trazar límites simbólicos al interior de la localidad. Para los dos grupos aquí abordados, en La Candelaria los límites simbólicos son construidos a partir de la noción de inseguridad en el sector, los cuales, no obstante, no suelen ir de la mano con las experiencias que las personas han tenido en sus calles, ya que en la mayor parte de los casos, las vivencias negativas han sido escasas. Al analizar sus narrativas, pude apreciar cómo las apreciaciones de peligrosidad en la zona se encuentran influidas por el voz a voz y se refuerzan con la imagen de deterioro que se le atribuyen a las calles de la localidad.

El espacio público es al mismo tiempo visto con un contexto en donde emergen las tensiones entre los grupos, debido a las presiones generadas por los procesos gentrificadores. Esta situación se pone en evidencia únicamente entre los vecinos a “La Bruja”, quienes al encontrarse en una posición más desfavorecida, encuentran amenazante la presencia de extranjeros en la localidad.

De otra parte, se analizaron las relaciones sociales que se producen entre los habitantes de La Candelaria, tanto dentro de los grupos sociales aquí analizados como entre ellos. De esta forma, se tomó como punto de partida las relaciones que tienen los habitantes del conjunto residencial al interior de sus muros para finalmente pasar a los vínculos presentes tanto con sus vecinos como con sus familiares y amigos.

Dentro de sus entrevistas, los miembros de “La Bruja” expresaron que la convivencia interna se caracteriza por una situación de “cortés indiferencia” que se ve expresada en la escasa homogeneidad en los usos y apropiaciones legítimas de los espacios comunes dentro de los muros del conjunto residencial, llevando en muchos casos a tensiones. Estas fricciones se manifiestan con mayor visibilidad frente a las fiestas particulares y a la figura de los dueños de perros, ambas actividades sirviendo de punto de interacción entre los habitantes; no obstante, en ambos contextos se tratan de actividades que no logran generar vinculaciones muy profundas.

La situación conserva la misma lógica distante al profundizar en las relaciones con el vecindario que rodea al conjunto: se tratan de relaciones funcionales que procuran marcar una distancia simbólica frente a las personas pertenecientes a posiciones dentro del espacio social más vulnerables. Esta característica cambia al tratarse aquellos a quien se considera similar y cercano, pues con ellos se logran establecer vinculaciones más profundas, usualmente mediadas por el capital cultural de los actantes. Finalmente, las relaciones familiares son breves, debido a la ubicación del conjunto residencial y a los imaginarios asociados a la localidad.

De otra parte, con los vecinos de la zona entrevistados se procuró seguir el mismo modelo que se hizo uso con los habitantes de “La Bruja”, tomando inicialmente las relaciones presentes con sus más próximos para luego pasar al barrio y sus familias.

En sus narrativas, los denominados vecinos tuvieron experiencias distantes a aquellas expresadas por los habitantes del conjunto residencial, ya que para ellos la unión entre sus pares resulta fundamental, llegando a desarrollarse procesos de solidaridad. La presencia de redes de interconocimiento es la norma, que sirve como punto de apoyo en el diario vivir. No obstante, al

pasar a tratar las relaciones con los miembros de “La Bruja” hallé desde el desconocimiento hasta la indiferencia. Existen además similitudes en los vínculos presentes con sus más próximos vecinos y sus familiares, siendo estas relaciones de gran importancia y cercanía. Dentro de esta perspectiva, La Candelaria es un lugar en donde se hallan los lugares y seres más apreciados, siendo posible una constante interacción.

Las diferencias entre estos dos grupos pueden ser entendidas debido a las diferencias de contextos sociales entre los habitantes de “La Bruja” y los denominados vecinos inmediatos: retomando lo planteado por Castel: al hallarse en posiciones distintas dentro del espacio social, las maneras de relacionarse se ven marcadas por el grado de protección social que poseen. De una parte, los miembros del conjunto residencial se encuentra favorecida no sólo por su nivel de ingresos, sino además por las redes de protección que este trabajo asalariado de nivel superior les otorga, dándoles la capacidad de pensarse y entenderse como individuos libres. Ese sentimiento de “no deberle nada a nadie” es un fuerte incentivo al desarrollo de un individualismo que los aleja incluso de sus pares dentro de los muros. En contraste, los vecinos al conjunto se encuentran en una posición de mayor vulnerabilidad, en la cual resultan vitales las redes de solidaridad producto del interconocimiento y los mutuos favores. Esta forma de actuación sirve como base para la creación de garantías de protección frente a las inseguridades tanto civiles como sociales.

Por último, a manera de reflexión final, esta investigación es un punto de partida hacia una mayor comprensión de los distintos fenómenos que componen los procesos de “renovación urbana” en el centro de Bogotá. A partir de esta experiencia, las futuras indagaciones han de ampliar los espacios analizados e incluir casos similares al de “La Bruja”, los cuales van en aumento en el sector. Asimismo, con el fin de explorar distintas perspectivas que no pueden ser captadas únicamente haciendo uso de entrevistas, resulta deseable emplear herramientas metodológicas que otorguen una mayor proximidad a la experiencia cotidiana de La Candelaria por parte de los diferentes grupos sociales.

Anexo 1. ¿Quiénes son los Habitantes?

Conjunto residencial “La Bruja”

Andrea

Andrea es una mujer de 35 años que vive sola, teniendo a su mascota como compañía. Su nombre es “Selva” y se trata de una pequeña perra que poco a poco se ha convertido en un miembro más de la familia. Posee una historia que su dueña gusta en contar, inicialmente “fue recogida de la calle y criada acá conmigo; [...] Ya llevamos juntas varios años. Me acompaña a todo lado. [Ella] es la más consentida de la casa”.

Es hija única de una pareja de esposos que trabajaron con el Estado en un nivel medio como funcionarios públicos. Su entorno familiar, en sus palabras, “sigue siendo de papá y mamá, que ya están pensionados”, quienes poseen un “interés fuerte por todas las cosas del estudio”. En ambos casos se trata de empleados medios del estado que cumplieron con su tiempo y lograron un retiro tranquilo. Por cuestiones económicas y coyunturales de la época de su juventud, “[ellos] no alcanzaron el grado profesional, pero son muy cultos”.

Actualmente, Andrea se desempeña como abogada y docente en distintas universidades en la localidad de La Candelaria. Al hablar sobre su nivel de ingresos, ella se logra ubicar en 7 salarios mínimos legales. Sus estudios en leyes fueron realizados en la Universidad Externado de Colombia de donde obtuvo el título de abogada para posteriormente especializarse allí mismo en derecho comercial. Su historia laboral gira en torno a sus dos pasiones, la abogacía y la búsqueda de conocimiento. Así, fue que al cabo de unos años dentro de la labor jurídica decidió emprender el camino de la docencia, campo en el que se encuentra a gusto.

Su historia residencial inicia con en casa familiar, la cual estaba ubicada ya hace algunas décadas en la localidad de Kennedy, en el suroccidente de Bogotá. Una vez logró una relativa independencia económica, Andrea decidió ir a vivir al centro de la ciudad “debido a mi trabajo, pues muchos tribunales quedan por acá cerca”. Su primera elección fue una vivienda ubicada en el barrio Santa Bárbara, en el extremo sur de La Candelaria, cerca al Palacio Presidencial y al Archivo General de la Nación. Habitó allí durante 3 años. Esta vivienda fue comprada por ella y

posteriormente cedida a sus padres, una vez estos obtuvieron su pensión. La venta de la primera vivienda familiar siguió poco tiempo después.

Según afirmó en la entrevista, “por motivos personales”, decidió seguir en la localidad adquiriendo en calidad de arriendo un apartamento en el primer piso del Conjunto Residencial, el cual ocupó durante 2 años. Ella se mostró durante la entrevista profundamente interesada en comprarlo; no obstante, no fue posible llegar a un acuerdo con el dueño, decidiendo entonces analizar otras opciones de adquisición. Al momento de escribir este documento, segundo semestre del año 2014, se encuentra viviendo en el Edificio Bicentenario a unas cuantas calles del Conjunto Residencial.

Es una apasionada del deporte y del contacto con la naturaleza, dos aspectos que suele realizar en sus fines de semana en compañía de su mascota a las afueras de Bogotá. Se interesa además por los caballos, practicando la equitación de manera constante; en sus palabras, “lo hago desde que estaba en la universidad”. En la zona, sus gustos giran en torno a las obras que los múltiples teatros próximos ofrecen, así como a las visitas constantes a la Biblioteca “Luis Ángel Arango”. Allí obtiene libros y piezas musicales a préstamo por un par de semanas, además de conciertos, que tienen lugar en las salas y auditorios de dicha biblioteca.

Su relación con los espacios de la localidad se ve marcada por contrastes. De un lado, ella posee un gusto por los diversos espacios culturales y por la arquitectura colonial que se encuentra por doquier en la localidad; no obstante, su presencia se ve limitada por la idea de inseguridad siempre presente en su narrativa. La vulnerabilidad viene acompañada con nociones de una otredad que, de cierta medida, se encuentra al acecho más allá de los muros. Todo esto bajo el amparo de la obscuridad nocturna o aprovechando un espacio público inexistente digno de ser “restaurado”. Lo que considere curioso fue el hecho que al interrogarla respecto a sus experiencias frente a la criminalidad, me afirmó nunca haber sido afectada en ninguna forma.

Juan

Juan es un hombre de 49 años que hoy se dedica al comercio textil en la localidad de La Candelaria desde hace ya más de dos décadas. Médico veterinario de profesión, considera que el gusto por la actividad comercial proviene de su padre, quien es “un hombre trabajador de Sonsón que empezó en las ventas siendo muy joven”, llegando en sus mejores tiempos a ser dueño de 17 almacenes. A lo largo de su vida en escasas ocasiones ha llegado a desempeñarse en su campo

profesional, lo cual lo tiene sin cuidado, ya que “en lo que hago, normalmente [devengo] más de 9 salarios mínimos [cada mes]”.

Su familia tiene un origen antioqueño, muy ligado al comercio. Su madre ya no vive; sin embargo, la recuerda como una mujer emprendedora, que alternaba las tareas de la casa con los negocios de su padre. Ninguno de sus padres tuvo un estudio formal, pero sí comenta cómo impulsaba a sus hijos a que se educaran. Él es el mayor de dos hijos, teniendo una hermana 5 años menor que estudió psicología y trabaja actualmente en su consultorio particular. Juan vive sólo, no tiene hijos, en compañía de sus mascotas, un perro bóxer y sus pájaros.

Su formación profesional ha abarcado distintas ramas del saber. Inicialmente hizo su pregrado en la Universidad de la Salle para posteriormente especializarse en gestión de empresas agropecuarias. Quería hacer negocios en el sector agropecuario, sin duda; sin embargo, pronto su padre le delegó parte de la responsabilidad de los almacenes. Esta nueva situación lo llevó a hacer un diplomado en gerencia de la pequeña y mediana industria, en la Universidad del Rosario.

A pesar del cambio de rumbo, Juan se define a sí mismo como un hombre de múltiples intereses. No gusta de ser encasillado. Este aspecto se pone de manifiesto al contarme cómo inició estudios de pregrado en historia en la Universidad de los Andes, hace tan sólo unos años, logrando completar 6 semestres. Mostrándome los certificados de sus notas, pues “yo era bueno para eso”, me afirmó que le habría gustado graduarse, pero decidió no continuar debido a presiones de tiempo de su negocio.

Respecto a su historia residencial, ésta empieza en la Barrio La Soledad, lugar de la vivienda familiar de donde salió, al obtener su independencia en sus ingresos, a vivir a Colina Campestre. Duró en este barrio por 5 años. Con el desarrollo de sus actividades económicas, prontamente compró un apartamento en el barrio Santa Bárbara, en este caso de la localidad de Usaquén, “bien cerca del Carulla²¹ de la [calle] 127”, espacio que habitó por más de una década.

Finalmente, debido a problemas de estrés derivados del trasegar diario a través del tráfico capitalino, decidió pasarse a vivir a La Candelaria. En primer lugar llegó a un conjunto residencial, ubicado a tan sólo dos cuadras de “La Bruja”, denominado “La Gota de Leche”. Su estancia allí fue cómoda; sin embargo, un episodio de tentativa de hurto a su vivienda lo movió a cambiar de residencia, eligiendo al Conjunto Residencial “La Bruja” debido a que “es muy

²¹ Cadena de tiendas en Bogotá.

bonito y los apartamentos aunque costosos, me ofrecían algo que le faltaba a otro sitio que era un poco de seguridad. Acá me siento seguro”.

Su pasión se centra en la fotografía, actividad en la cual se forma constantemente de manera autodidacta a partir de libros y experiencias, teniendo su interés en la fotografía submarina y de campo, en sus palabras “le tomo fotos a la naturaleza, principalmente, Fotos al campo o a pajaritos que veo por ahí y me gustan”. El buceo, su segunda pasión, fue el detonante hacia la fotografía. Su historia inicia con una expedición de buceo hace ya diez años, en donde luego de tomar una serie de imágenes subacuáticas, decidió gastar un rollo fotográfico en cuestiones cotidianas. Allí empezó a contrastar sus resultados con distintos artistas, logrando desarrollar un gusto hacia la obra de Dorothea Lange y Ansel Adams.

Su relación con La Candelaria está marcada por la prevención. Afirmó, por ejemplo, que considera que él, como comerciante, corre grandes riesgos de ser robado, lo cual lo lleva a la prohibición autoimpuesta de no salir en horas de la noche de su apartamento. Ve en la indigencia una posible fuente de aquellas agresiones y, al mismo tiempo, como usurpadora del espacio de las calles de la localidad. Así, una vez cae el sol, se refugia pues “¿La verdad? Me da como temor salir, así que siempre lo evito”. Al igual que con Andrea, nunca ha tenido experiencias negativas.

Nicolás

Nicolás es un hombre de aproximadamente unos 70 años, hijo mayor seguido de una hermana, que completa 9 años viviendo en el Conjunto Residencial “La Bruja”. Su ocupación gira en torno a la docencia y la academia desempeñándose hoy como profesor de literatura en la Universidad de los Andes. A lo largo de su vida se ha desempeñado en el ejercicio del derecho en el Ministerio de Agricultura y el Ministerio de Hacienda, la actividad literaria y la indagación académica. Considera que su vida es mucho más tranquila luego de su pensión, pues por fin trabaja en lo que quiere y tiene un nivel de ingresos de 9 salarios mínimos mensuales que usa básicamente en él.

El inicio de su formación profesional se vio cruzada por un par de tropiezos, debido al interés manifiesto de Nicolás hacia las ciencias sociales. Primero se embarcó en el estudio de la ingeniería en la Universidad de los Andes, para luego intentar nuevamente dicha profesión en la Universidad Javeriana; no obstante, nunca logró superar el primer semestre, pues su tiempo libre se concentraba en lecturas ajenas a sus estudios. En sus palabras

yo allá [en la Universidad de los Andes] descubrí dos bibliotecas, la de Daniel Samper Ortega, que se la había regalado a la universidad, y la del profesor Hildebrand que era decano de esa facultad, invitado por Mario Laserna. El cruce de estas dos bibliotecas me volvió loco, pero no en el sentido de manicomio, sino que me abrió un panorama extremo e intenso de una persona que sabe leer y escribir. O sea, en el sentido poderoso de la palabra. Ahí comencé a entender filosofía, psicología, antropología, memoria, recuerdos, historia, sexología, etc., y todo esto para un muchacho de 19 años. Así me volví una persona que leía muchísimo. [...] [Luego en la Universidad Javeriana] me encontré con otra biblioteca que era la de los jesuitas. Ahí ya van 3 bibliotecas. Entonces puede comprender que yo a los 20 años había perdido mi primer año de ingeniería, me habían echado.

Posteriormente a sus dos fallidos intentos, entró a estudiar Jurisprudencia en la Universidad del Rosario, logrando llevar este pregrado a buen término y no volviendo a realizar más estudios a lo largo de su carrera, “porque en esos años no era normal que uno hiciera maestrías. Eso fue en el año 1966. No había maestrías en Colombia. Eso era otro país”.

Respecto a su familia, recuerda que su madre fue la heredera de una gran propiedad cafetera en Cundinamarca, mientras que su padre fue un empleado del estado que ocupaba una “buena posición” en el tranvía de Bogotá. Ambos lograron crear una vida llena de comodidades, a pesar de la paulatina descapitalización de los bienes familiares. Actualmente tiene una hija “en sus treintas” y dos nietas aún niñas. Finalmente, su hermana es una mujer ya retirada que no suele salir mucho y pasa la mayor parte de su tiempo en su apartamento en la calle 86 con carrera 8, al norte de Bogotá.

De otro lado, su historia residencial parte de la casa familiar que se encontraba en el barrio de La Soledad. Una vez empezó de lleno su labor profesional, pasó a vivir en el Park Way, un barrio ubicado ligeramente al norte del centro de Bogotá. Allí convivió con su esposa, de la cual posteriormente se divorciaría. Luego de casi una década, se mudó al centro de Bogotá, espacio en donde compró algunas propiedades, viviendo sólo ocasionalmente en ellas. Finalmente decidió instalarse en la “La Bruja”, apartamento que adquirió hace 15 años.

La literatura es la actividad que más logra consumir su tiempo libre, llevándolo a producir “varios libros de ensayo, varios de poesía y una novela”. Es un miembro activo en las revistas culturales colombianas, siendo entrevistado con relativa frecuencia en consultas académicas. Su trayectoria de más de 30 años en la docencia, su pasión por los libros, a la par de la escritura lo convierte en una parte activa de la escena literaria de la ciudad.

Su relación con La Candelaria es de tranquilidad y confianza, basa su vida cotidiana en su experiencia en el sector. No desconoce los peligros que este puede llegar a tener, pero no le

preocupan. Reconoce nunca haber tenido un solo caso de robo o vulneración. En cambio, profundizó en las inmensas necesidades que considera se viven en la localidad. La pobreza del entorno capta mucho más su atención que lo que él considera una “supuesta inseguridad”.

Carolina

Carolina es una joven estudiante de historia de la Universidad del Rosario de 21 años que completa ya 3 de vivir en el Conjunto Residencial “La Bruja” con su hermano, un antropólogo investigador del ICANH. Inicialmente expresaba sus dudas ante el cambio de vivienda, empero destaca hoy que fue una buena decisión. La ubicación del conjunto, dado su carácter estratégico respecto de su universidad, a tan sólo unas calles, logró capturar sus simpatías.

Sus padres son dos funcionarios del Distrito de Bogotá, inclinados hacia la labor social. Sus padres, sociólogos, ha trabajado constantemente con comunidades en especial en lo relativo a la educación y preservación ambiental. Inicialmente fundadores y directores de una ONG que se encargaba de la defensa y preservación de los humedales ubicados en Soacha, pasaron a trabajar en la Secretaría del Medio Ambiente, posición que aún conservan. Hablando de su hermano, me contó que él es antropólogo recién graduado de un doctorado en dicha disciplina en Francia, quien se desempeña actualmente como docente de cátedra en la Universidad Externado de Colombia.

Su trayectoria residencial toma a Chía como su origen, en donde vivió con sus padres hasta llegar a la universidad. Seguidamente fue a Teusaquillo con su tío, destacando cómo la mayor parte de la gente que compartía su misma cuadra eran familiares relativamente cercanos. En sus palabras, “esa zona es muy chistosa porque ahí hay varios familiares. Mi familia vivió mucho tiempo en Teusaquillo. Entonces en esa calle es como que cada una o dos casas vive algún primo, tío, amigo de la familia y así”. Habitó en dicho barrio hasta la llegada de su hermano de Europa, quien la condujo a “La Bruja”, en donde viven arrendados.

El teatro es para ella una de sus actividades favoritas, no sólo el frecuentarlo sino incluso el representarlo. Desde su infancia ha hecho parte de agrupaciones de teatro, ya sea en el colegio o de manera más estructurada en la Academia “Chalot”. Al llegar a la universidad no dudó por un momento en hacer parte del grupo institucional, en el cual ensaya cada sábado. Adicionalmente a ver y hacer teatro, ella suele leer de manera constante obras y guiones, encontrando un particular interés hacia Federico García Lorca.

Su relación con La Candelaria se encuentra muy marcada por su experiencia universitaria. La mayor parte del tiempo lo pasa en la universidad con sus amigos, compartiendo asimismo espacios públicos como cafés y bares. Sin embargo, según su perspectiva, reconoce que en el centro existen grandes problemas sociales; es un espacio de disputa. Estas luchas las plantea como respuesta a problemas económicos que causan inseguridad y luchas por el espacio.

Pablo

Pablo es un hombre de aproximadamente 35 años nacido en Manizales, con dos hermanos, cuya labor está enfocada a los aspectos legales de la administración pública, más específicamente en lo relativo a los acueductos, como parte del Ministerio de Vivienda. Inicialmente sus estudios en derecho lo llevaron a trabajar en los procedimientos administrativos y legales de la gestión de las aguas, primero en Manizales y posteriormente en la Costa Atlántica, como parte del proceso de postconflicto luego de la desmovilización de los paramilitares. Una vez terminado su contrato tomó una pausa de 4 meses para ir a Alemania a aprender el idioma. A su regreso pasó brevemente por el Ministerio de Medio Ambiente para finalmente llegar a ocupar la plaza que hoy día posee.

Como parte de su formación profesional estudió un pregrado en derecho en la Universidad de Caldas, en Manizales, la cual al terminar, fue prontamente seguida por una especialización en derecho público en la Universidad Externado de Colombia para continuar luego en dicha institución una maestría en el mismo campo del saber. La actividad académica resulta de su interés llevándolo a ejercer como docente invitado en algunas charlas de posgrado en derecho urbano en la Universidad del Rosario. Si bien actualmente hace parte activa del aparato estatal tiene fuertes intenciones de ejercer la docencia, pues allí, en sus palabras “aprendo más y ayudo a otros”.

Respecto a su familia se tiene que son de Caldas, con ascendencia antioqueña. Sus padres son administradores de empresas, ya retirados, que son definidos como “buenos lectores, personas muy cultas”. De ellos obtuvo su interés por la escritura, ejercicio que ha hecho de manera constante a lo largo de la última década sin haber publicado hasta ahora nada. Posee un hermano mayor que es también abogado y una hermana menor que se desempeña como publicista. Ambos no viven en Bogotá. Hace unos pocos años inició una relación con una mujer que conoció en Bogotá, profesional en literatura, de la cual hoy existen dos niños, centro de su mayor interés.

Su historia residencial ha sido tan movida como su trayectoria laboral, su primera vivienda era la casa familiar en Manizales, de donde partió a distintos municipios de los departamentos de Cesar y Magdalena debido a su trabajo. Luego habitó en una Wohngemeinschaft, vivienda estudiantil alemana, para finalmente retomar su vida en Bogotá. Una vez en la capital, vivió en primer lugar con su pareja en una casa propiedad de ella en los límites de la localidad, ubicada sobre la Cra1 Este con Calle 10. De allí pronto pasó a vivir en un apartamento sobre la calle 17, el cuál compró. Hoy este piso es usado como taller de artistas en su proyecto de intercambio. Seguidamente adquirió de nuevo un piso en las Torres de Fenicia, en el cual viven principalmente sus hijos. Hace unos 5 años, decidió arrendar en “La Bruja” con el fin de tener “un pequeño espacio para mí”. Estas adquisiciones fueron permitidas gracias a fuertes apoyos familiares y a su nivel de ingresos que ubica por encima de 9 salarios mínimos mensuales.

Su tiempo libre es invertido, aparte de sus labores familiares, en la elaboración de pequeños documentos escritos, costumbre que adquirió en la universidad y que ha logrado sostener hasta el día de hoy. Junto a esto se ubica el proyecto que devino en corporación artística cuya finalidad es el intercambio de artistas de diferentes partes del mundo con Colombia. Esta “plataforma de artistas”, como él mismo la llama, ha logrado hasta la fecha traer al país 12 artistas coreanos y tener proyectos en proceso en España, Inglaterra y Latinoamérica.

Al hablar de su relación con el espacio de La Candelaria, Pablo afirmó que se siente a gusto; sin embargo, desde su perspectiva, el espacio público se halla abandonado, sucio y lleno de vendedores que le quitan el paso al peatón. Esto sumado a la idea de inseguridad presente en él convierte a la localidad en una restringida cadena de calles con fuertes barreras simbólicas. Asimismo, ve en la noche un espacio propicio para el aumento de la criminalidad, evitando salir de su apartamento luego de las 8:00 pm.

Hellene

Hellene es una mujer de 35 años de nacionalidad suiza que ya completa 10 años de vida en Colombia. Su labor se centra en la educación de niños y perros, así como traducción y correcciones de estilo en inglés, francés y alemán. Su estancia en el país ha estado marcada por su labor docente, desempeñándose primero como docente en el Colegio Helvecia, para posteriormente ampliar su espectro a los animales y su conocimiento lingüístico. Al momento de la entrevista llevaba 5 años en el Conjunto Residencial “La Bruja”.

Su formación profesional tuvo lugar en París, en donde luego de cumplir con sus requisitos académicos obtuvo el título de filóloga. Fue precisamente durante esta experiencia que conoció a un compañero colombiano con el cual inició una relación que la condujo a venir al país. Desde entonces no ha continuado sus estudios. Su historia laboral inicia en Colombia, pues antes de venir sus trabajos, en sus palabras, “eran de mesera, dictaba clases de alemán y pues nada formal en general. Era para mantenerme, nada más”. Con el tiempo la relación sentimental se disolvió; no obstante, ella decidió permanecer y tiene fuertes intenciones de quedarse por mucho tiempo.

Su familia no vive en el país, su padre un suizo que se dedica a las consultorías en temas económicos y administrativos ya es dueño de varias firmas con sede en Europa, mientras que su madre, divide su tiempo entre su trabajo administrativo en un almacén y las labores domésticas. Tiene dos hermanos, uno de los cuales trabaja como independiente en una empresa de fotografía, a pesar de haber estudiado culinaria, y por último un hermano menor que aún asiste al colegio. Todos poseen educación universitaria. Tal como su familia, su historia residencial está dividida entre América y Europa. Su primera residencia fue la familiar, ubicada en Zürich, luego con la llegada de sus estudios se mudó a París para finalmente llegar a Bogotá primero al sector de Niza, noroccidente de Bogotá, para luego pasar a vivir en “La Bruja”. Al momento de escribir este documento, se ha mudado a las cercanías de Unicentro, debido a sus percepciones de seguridad negativas de La Candelaria.

Su tiempo libre lo dedica principalmente al entrenamiento de perros y la equitación. Previamente en Suiza, había practicado por años diferentes formas de deporte con caballos hasta concentrarse en las carreras de distancia. Sin embargo, esto quedó suspendido con sus estudios en Francia hasta volver a retomarlo con su llegada a Colombia. De otro lado están sus perros, su entrenamiento y bienestar es para ella una gran preocupación. A la par de estas actividades, gusta también de la lectura y diferentes actividades culturales que ofrece la localidad, en sus palabras, “me gusta mucho la [Biblioteca] Luis Ángel Arango, tomarme un café con mis amigos, frecuentar la [Biblioteca] Gilberto Alzáte Avendaño e ir a teatro, en especial en temporada”.

Su relación con La Candelaria está marcada por la noción de inseguridad. Para ella, el espacio resulta peligroso en ciertas calles, en especial aquellas muy densamente transitadas, pues “en medio del tumulto siempre te roban”. Dentro de la misma lógica, ve en la noche un factor de extremo riesgo, procurando regresar a su apartamento siempre antes de las 7:00 pm. En sus

palabras, “soy super miedosa, así que olvídate que voy a llegar tarde. A la media noche o algo así. No. Uno ve robos por la [carrera] 3todo el tiempo.[...] a mí nunca me pasó nada, pero me gusta ser muy prevenida”.

Luis

Luis es un hombre de 55 años, “nacido y criado en Bogotá”, con dos hermanos, que actualmente trabaja con el Instituto Distrital de Patrimonio en lo relativo a la preservación y renovación urbana de la localidad de La Candelaria. De profesión arquitecto, su labor se ha centrado en las últimas dos décadas en dicha localidad, primero con la Corporación La Candelaria, surgida en la década de 1990 como figura que antecede el Instituto. Antes de ello, tuvo una idea de emprendimiento, en la cual comercializaba software para diseños de ingeniería y arquitectura. Este proyecto no prosperó. Igualmente, tuvo un paso por una firma de consultoría que tuvo una activa participación en el proyecto hidroeléctrico del Guabio. Su historia ha estado marcada por la estabilidad laboral, según su propia afirmación.

Su pregrado fue en arquitectura para posteriormente ir a España a hacer una maestría en Teoría y Práctica de la Restauración; fue a partir de estos estudios que el rumbo de su historia profesional cambió, pues desde entonces ha estado involucrado con la localidad de La Candelaria. Su preocupación surge con la percepción propia, según la cual la decadencia que había llegado a suceder en el centro histórico había llegado a un punto tal en donde “ya era necesario que intervinieran [los “problemas”]”. Una vez en Colombia se vinculó prontamente con la Corporación La Candelaria, de donde no sólo logró un empleo acorde a sus intereses sino además, a partir de su trabajo, conoció a la mujer que sería su segunda y actual esposa.

Su familia es una de origen antioqueño que se desplazó a la capital en la década de 1950, en búsqueda de mejores oportunidades. Sus padres lograron el nivel académico de bachiller, desempeñándose la madre como secretaria estatal de los Seguros Sociales hasta el matrimonio, a partir del cual se dedicaría solamente a sus hijos; de otro lado el padre se dedicó a los negocios comerciales. Posee dos hermanos, el mayor es un ingeniero industrial que trabaja con la Contraloría Distrital y el menor es ingeniero de sistemas que hizo de la gestión de las bases de datos en línea su empleo.

Su historia residencial ha transcurrido a lo largo de la ciudad. Al llegar a Bogotá con su familia se instalaron un par de años en el centro de Bogotá, para posteriormente pasar al barrio Normandia en donde vivió 10 años. Posteriormente, luego de su primer matrimonio, habitó el

barrio Alhambra, en el norte de la ciudad, por 25 años hasta que su divorcio y posterior viaje a Europa lo cambió todo. Al regresar tuvo un apartamento en el barrio Santa Bárbara, en el centro de Bogotá, para posteriormente adquirir una vivienda en “La Bruja” con su nueva esposa.

Su tiempo libre es dedicado a sus distintas pasiones, de un lado la música y del otro los viajes. De esta manera, ha logrado armarse un estudio musical en su casa y por medio de este grabar canciones de propia composición, además de aprender a usar la guitarra con cierto grado de destreza. De otra parte, los viajes vienen unidos a su gusto por las motocicletas, llegando a juntar dos vehículos que usa frecuentemente en pequeñas travesías por la región de Cundinamarca y Boyacá.

Dadas sus ocupaciones, su relación con el espacio de La Candelaria es de extrema familiaridad, demostrando un gran conocimiento de cada uno de los principales lugares del sector, en especial el histórico. Durante la entrevista me afirmó que no sentía ningún tipo de limitación al tránsito por la localidad, siempre y cuando fuera en horas diurnas. Su restricción de horario se encuentra enmarcada a partir de la prevención a la noche, ya que se considera vulnerable. Según dijo, “no me iría en la noche a caminar por La Candelaria y menor por la [carrera] 10 o la [Avenida] Jiménez. Eso se hace peligroso. Muchos robos y, pues, mejor evitarse problemas. Ahora, yo no tengo esas restricciones para entrar en carro. Una vez montado, no importa que sea tarde. No tengo problemas en volver tipo 1:00 o 2:00 am. No le veo ningún problema”.

Denominados vecinos

Jorge

Jorge es un hombre que llega a los 70 años, hijo menor de una familia de 11 hermanos, actualmente es dueño de una tienda a unos cuantas calles de “La Bruja”. En este negocio lleva unos 6 años, pues antes, en sus primeros años de juventud, se desempeñó en la albañilería y plomería para finalmente dedicarse a la cocina y hotelería. Fue a partir de estos empleos que obtuvo su pensión que le permitió abrir su establecimiento y generar una cierta estabilidad económica.

Su ingreso al mundo de la cocina estuvo marcado por la oportunidad de estudiar culinaria y luego, en sus palabras, “era muy bueno en la cocina y por eso conseguí trabajo en muchos hoteles del norte [de Bogotá]. Nunca me faltó trabajo, gracias a Dios. Hacía también de mesero, organizaba eventos y lo que saliera”. Su esposa, ama de casa, le ha ayudado en todo lo relativo al hogar y a la fundación de su tienda. Padre de cinco hijos, destaca como parte importante en su vida el haber logrado educar profesionalmente a sus hijos. Uno de ellos, el mayor, es médico y vive en Cali frecuentando a su padre una vez al año; seguidamente hay un administrador de empresas; un ingeniero en sistemas; un profesional en culinaria, que, para orgullo personal “siguió mis pasos, ahora es un gran chef. Desde siempre le gustó la profesión mía”; y por último una hija que se graduó de trabajo social. Todos cuatro viviendo en Bogotá; no obstante, embebidos en sus labores, visitan ocasionalmente a los padres.

Siempre ha vivido en el centro y la mayor parte de su vida en La Candelaria. De sus once hermanos hay no quedan sino 5, él inclusive. Todos se dedicaron durante una parte o la totalidad de su vida en la labor de su padre, la albañilería. De su padre recuerda que fue

Un maestro de obra de los buenos, él podía coger un lote limpio y de ahí alzar una casa. Trabajaba con otros amigos de él y también hacía plomería por separado. Mi mamá le ayudaba con todo, le buscaba trabajos y a veces vendían almuerzos. Yo creo que fue por eso que todos estuvimos en obras.

En esa época vivían en el barrio Egipto, en el límite oriental de la actual localidad de La Candelaria; continuó viviendo a unas pocas calles de la casa familiar luego de su matrimonio. Por un breve periodo de tiempo, casi dos años, habitó una casa en el barrio Germania, extremo oriental de la misma localidad, para luego mudarse por un año al barrio Inglés, ubicado en la

localidad Rafael Uribe, en el sur de Bogotá. Luego se estableció en donde actualmente vive, completando al momento de escribir este documento 40 años.

Su vida gira en torno a su familia, cada instante de tiempo disponible se invierte en ellos: su esposa y nietos. “Normalmente no tengo tiempo libre –afirma-, pero cada vez que puedo estoy con mi familia. Me parece que es a mejor manera de sentirse realizado ante Dios y ante la vida”. En ciertas ocasiones se reúne con sus amigos, aunque no es tan usual, pues las labores de su negocio, su salud y sus parientes absorben casi la totalidad de sus días.

La relación que Jorge tiene con la localidad es de extrema confianza y simpatía para con el sector. Afirma nunca haber sido agredido en ninguna manera y vive, en general, muy tranquilo con la situación de sus calles. Según me dijo, su opinión de La Candelaria es una donde, “todo es muy bonito, honestamente no le veo los problemas que tanto dicen. Nunca he tenido un solo problema de robos, ni disgustos con nadie. Me siento muy seguro por donde quiera que vaya. Yo al salir le pongo fe a Dios y nunca me ha pasado nada es nada”. Sus largos años de vida en el sector ha hecho que tenga una relativa popularidad entre sus vecinos, siendo esto para él de la mayor importancia. “Cuando salgo a la calle, mire Ud., mis amigos están por todas partes. Por todo lado hay gente que me conoce y me quiere. Acá hay es gente muy linda, todo muy seguro. No sé si esto sea porque me conocen o porque confío mucho en mí mismo. Hay algunos peligros bien de noche, pero si uno es precavido, nada malo pasa”.

Manuela

Manuela es una mujer de 45 años, la menor de 5 hermanos, que trabaja en un restaurante de su propiedad desde hace más de 4 años. A lo largo de su vida han sido numerosos los intentos por lograr una independencia económica; no obstante, los problemas han estado presentes de una u otra manera. Madre de dos hijos, pasa la mayor parte de sus días en su nuevo negocio que busca hacer prosperar desde tempranas horas de la mañana.

Su historia laboral se remonta a su infancia, cuando ayudaba a su madre en la fabricación y venta de empanadas. Con su padre, un pintor de viviendas, existieron siempre tensiones, debido a su afición por el alcohol y su errático manejo con el dinero, lo cual la motivó desde muy joven en buscar una seguridad económica para sí y los suyos. En sus palabras, “trabajé como mesera, como cocinera, siempre muy del lado de la comida. Vendí arepas, hago faroles en navidad, fui empleada del servicio en casas y tuve un bar en [la Calle de] el Chorro [de Quevedo]

por 8 años. Mi bar era lo mejor, pero, Ud. no me va a creer, fue el primerito que cerraron ahora que los prohibieron”.

Ella nunca realizó estudios profesionales ni tampoco lo hicieron sus hermanos, cada quien fue hallando su camino a lo largo de la vida. Su hermana mayor es actualmente modista; seguidamente su hermano trabaja como ebanista; su otra hermana distribuye huevos y por último su hermano fue albañil hasta su muerte accidental. De su propio núcleo familiar se cuentan tres hijos, uno enfocado a la música; otro dedicado a la labor social; mientras que el menor murió hace dos años. Está divorciada hace más de 10 años.

Su historia residencial inicia en la casa familiar, ubicada en las cercanías de la iglesia del barrio Egipto. Una vez decidió dejar la casa vivió en distintos inquilinatos hasta su matrimonio, luego del cual se mudó a una casa en las cercanías de la Escuela de Artillería, en la localidad de Usme. Allí habitó por casi 10 años. Luego de su separación retornó al barrio Egipto y de allí pasó a vivir a tres cuerdas de “La Bruja”.

Las labores domésticas consumen buen parte de su tiempo libre. Aparte de esto, ocasionalmente suele caminar, “me gusta mucho ir a caminar, -afirma- estar, por ejemplo, por el “Septimazo”. Subo y bajo, miro lo que hacen los artesanos, también me gusta está gente que pinta cosas con tizas. Es bonito”.

Al enfrentarse al espacio público de la localidad, Manuela expresa una cierta tristeza, ya que, según dijo, “Se la tomaron los indigentes. Hay mucha indigencia”. Además de la percepción profundamente negativa que ella tiene con los “habitantes de la calle”, consideró que el espacio requería de una mayor cantidad de artesanos, “pues ellos suelen llamar a mucha gente. Con eso uno mueve plata”. El peligro es algo inmanente dentro de su perspectiva de La Candelaria; sin embargo, la posibilidad de ser agredido se convierte en un aspecto opcional. Me explico, todo radica en el propio agente y su disposición. En sus palabras, “todo depende de uno como vaya, de cómo se vista y hasta de cómo uno hable. Si uno piensa irse de loco y descuidado por ahí sin respetar los lugares peligrosos, pues “lleva”. Al ladrón no hay que dejársela fácil, porque, ya sabe cómo dicen, “Al ladrón lo hace la ocasión”. Uno tiene que ser bien avisado. Si uno tiene eso en mente, nunca nada le pasa.”. Para ella, no existen horarios, sólo actitudes. “Mire –me decía-, yo acá conozco a mucha gente, me hablo con todo el mundo, y hay unos que los roban hasta al medio día, mientras que a mí nada. A los avisados no nos roba es nadie”.

Laura

Laura es una mujer de 50 años que trabaja en servicios varios con la Universidad de la Salle por hace más de 22 años. A lo largo de su vida se ha desempeñado en distintas labores, pasando de mesera a cocinera en distintos pequeños restaurantes, así como vendedora informal, hasta lograr la oportunidad de vinculación con dicha institución educativa. Hija única, actualmente madre soltera de 3 jóvenes y su preocupación se encuentra del lado de su madre.

No posee ninguna formación profesional, una vez acabó su bachillerato empezó a buscar trabajo en diferentes lugares hasta lograr constituir su historia profesional. Sus hijos actualmente se encuentran estudiando: su hija mayor es fisioterapeuta y realizar una especialización dentro de su disciplina en la Universidad Distrital “Francisco José de Caldas”; su siguiente hija estudió secretariado bilingüe y se desempeña como asesora comercial en una firma inmobiliaria. En las noches adelanta sus estudios en administración de empresas; finalmente su hijo menor estudia música y trabaja como DJ. En la historia familiar son los primeros en lograr acceder a la educación superior, pues la madre de Laura alternó sus deberes del hogar con la venta ambulante de comida y ocasionalmente lavando ropa. Su padre trabajó como asistente de obra hasta que una lesión le impidió seguir, continuando sus actividades labores en torno al comercio informal.

Ha vivido por más de 40 años en la localidad de La Candelaria. Su familia originalmente poseía una casa en el barrio Egipto, posesión que abandonó al alcanzar una mayoría de edad en búsqueda de un espacio propio. Continuo en el mismo barrio luego de 10 años de su partida a unas escasas calles para posteriormente ir a vivir al barrio Belén, extremo sur oriental de la localidad. Allí habitó por 25 años. Finalmente se mudó a las cercanías de “La Bruja”, a unas 5 cuadras, con el fin de estar más cerca de su trabajo y ofrecerles un mejor punto de llegada a sus hijos en las noches, pues solían ser víctimas de los robos.

Sus actividades extralaborales se centran en el mantenimiento de su hogar, en sus palabras, “hago oficio, porque no queda casi tiempo entre semana. Toca organizar cosas también para las siguientes semanas y también voy donde mi mamá. Allá me la paso”. Los domingos cuando, el tiempo existe, suele salir a caminar por la zona, gusta de pasear por la Plaza de Bolívar, la Carrera 7 y comerse un helado. Asimismo, buscar ayudarles a sus hijos con sus “tareas” de la universidad y en “alistarles todo para la siguiente semana”.

Para Laura, La Candelaria es un lugar de grandes peligros ocultos. Un espacio en donde lo riesgoso se ha hecho parte de una normalidad. A ella misma, nunca le ha sucedido nada, pero sí puede hablar de víctimas entre sus conocidos, incluso sus hijos. Reconoce que los robos son el principal problema de la localidad, pues “acá los robos son algo diario. También “raponean”. Pero es por todo lado. Aunque a ratos mejora, porque ponen vigilantes y otros vienen hasta con perros, pero no crea. Eso le puede pasar a cualquiera. [...] y es que además, si los viera, son bien ágiles para robar. Hasta caminando lo roban a uno, le sacan todo y uno ni cuenta se da”. Ella logra hacer una distinción a partir de los métodos empleados de los peligros frente a otros espacios de Bogotá, ya que “en el norte lo drogan a uno y lo roban. Allá son más elegantes, pero bien peligrosos. En el sur, sur. Lo “chuzan” a uno facilito”. Así pues, a pesar de los peligros, considera a su localidad como una relativamente segura.

Otro aspecto fundamental a su relación con La Candelaria es su visión del espacio público. Si bien, existe una queja marcada frente a los vendedores ambulantes, pues bajo su perspectiva son parte activa de un constante desorden, al mismo tiempo defiende su actividad, ya que esa es una fuente activa de empleo que ella misma empleó en un pasado. De otro lado, la actividad de la policía con sus constantes decomisos tiene una profunda imagen negativa. Para Laura, dicha institución sólo promueve la “anarquía” en las calles, ya que los agentes “llegan a coger todo lo que uno tiene y se lo llevan y jamás devuelven nada. Nada es nada. Todo lo que se monte en ese camión se pierde y pues la gente enoja y de ahí salen los problemas”.

María

María es una mujer de 50 años, hija única, dueña de una cafetería al frente de la Universidad de la Salle, a dos calles del Conjunto Residencial “La Bruja”. Por más de 30 años ha logrado mantener a flote su negocio y ha logrado desarrollar una cercana y fraterna relación con los estudiantes de dicha institución. Una vez dio por terminada su formación como técnica en administración, se lanzó al emprendimiento de su negocio.

Al finalizar sus estudios de bachillerato supo que lo suyo eran los negocios, por tal motivo, estudió en el Servicio Nacional de Aprendizaje, SENA, una carrera técnica en administración. Sus inicios fueron ligados a su labor como asistente administrativa; no obstante, “trabajando me di cuenta que eso de tener jefe no era para mí –afirma-, entonces me puse a ver qué podía hacer y vi esta oportunidad y pues ya llevo aquí 30 años. Soy como un apéndice de la universidad”. Su proyecto de independencia económica se inspira además en sus padres, quienes

tenían un pequeño negocio en San Victorino, una activa plaza comercial del centro de Bogotá. Asimismo, su padre había heredado una propiedad rural, descrita en sus palabras como “no muy grande, como unas 8 hectáreas en La Vega. Siempre me gustó lo verde, el tener árboles y coger naranjas”. Actualmente es madre soltera de un hijo, quien está terminando el colegio.

Su historia residencial inicia en el barrio Santa Bárbara, al sur de la localidad de La Candelaria, con sus padres para posteriormente arrendar la casa en la cual llegó a establecer su tienda y en la que actualmente vive. Ha pasado toda su vida en la localidad y se siente orgullosa de esta condición. De otro lado, también frecuenta con asiduidad la propiedad de su padre, de la cual hoy es dueña, considerándola su segundo hogar.

Su interés está en su negocio, su mantenimiento, mejoramiento y limpieza ocupan casi la totalidad de sus actividades diarias. Allí trabaja de 5:00 am a 10:00 pm durante las 16 semanas que componen un semestre regular de la universidad. Una vez desaparecidos sus clientes por las vacaciones, viaja a La Vega para pasar sus días entre árboles, naranjas y orquídeas. No suele realizar más actividades y no suele gustar de frecuentar espacios en la localidad, pues, en sus palabras, “desde que esto se llenó de indigentes se dañó”.

Es a partir de la presencia constante de “habitantes de la calle” que María logra construir su perspectiva de la localidad. Así, esta se torna peligrosa, con una presencia constante de robos a cualquier hora del día de la cual son víctimas principalmente los estudiantes del sector. En sus palabras, “aquí los que más roban son los indigentes, ellos andan por todo lado, se mueven de un sitio a otro creando problemas. Ahora están echando para La Candelaria, porque hay más gente y dinero. Acá pasa mucho que llegan personas con puñaladas, porque roban es con puro cuchillo”. Conjuntamente con esto, la idea de suciedad, de escasa higiene también enmarca esta visión de la localidad: “no sé cómo se atreve la alcaldía a mostrar este muladar como modelo; acá las basuras están por todo lado, las calles huelen, discúlpame lo grosera, a mierda. Es terrible”.

Inés

Inés es una mujer de 51 años, hija mayor de dos hermanos, que trabaja hace 14 años en su negocio de comercio informal a una calle del Conjunto Residencial. Ha trabajado toda su vida en la “dulcería” de la mano de su esposo, con quien se alterna las jornadas de trabajo. Antes de desempeñarse en esta labor vendía distintos productos también de manera ambulante cerca a la décima; no obstante, por la edad y controles policiales se ha ido moviendo hacia el oriente de la localidad.

No posee ningún estudio profesional y no alcanzó a terminar bachillerato, debido a problemas económicos, en sus palabras, “¿Para qué quería yo tanto estudio si lo que faltaba era plata? Eso no, mejor salir a trabajar, a buscarse la papita. Yo por eso desde chiquita he manejado mi propia plata y así vivo bien”. Sus padres habitantes del sector se desempeñaron en labores también de comercio informal en la zona de San Victorino, plaza comercial del centro de Bogotá. Luego que unió su vida a su esposo, juntos han trabajado en el comercio informal. Actualmente es madre de un hijo, quien estudia culinaria y ayuda en los quehaceres del hogar.

Su historia residencial ha estado unida a La Candelaria, “me crié en el centro –afirma-, primero en el barrio Santa Bárbara [al sur de la localidad], para luego pasar a [el barrio] Belén. Allá duré como 15 años. Ahora me bajé por acá [cerca de la Universidad de la Salle, a tres calles del Conjunto Residencial], porque todo me queda más cerca, es más seguro para mi muchacho y pues pago lo mismo”. Le preocupa mucho los casos de inseguridad en el sector; sin embargo, no ha sufrido, ni ella ni los suyos, ninguno hasta la fecha. Dado el relevo de su esposo en ciertos días, Inés puede tomarse unos respiros y realizar distintas actividades en la zona.

Entre sus mayores gustos, se encuentra el pasear por la Plaza de Bolívar, asistir a las múltiples iglesias del sector, así como a parques cercanos. En la entrevista diría que “estar, por ejemplo, por el Parque Santander o de los Periodistas es muy rico. Uno sale, habla con gente, se come algo. A veces voy con mi hijo. Subimos también a Monserrate donde el “Señor Caído”. Ir allá y ver la ciudad, eso para mí es muy sabroso”. En ciertas ocasiones especiales, se reúne con sus viejos amigos, que viven en el barrio Egipto, para hablar y compartir alguna comida.

Inés tiene a la seguridad urbana como parte fundamental a partir de la cual se construyen las barreras simbólicas en la localidad. Dentro de su postura, en toda La Candelaria se puede ser sujeto a agresiones, en especial robos; no obstante, la carrera 10, y sucesivas, aparecen como puntos focales de gran peligrosidad, de congestión vehicular, de basuras y de invasión al espacio público. Según afirmó en la entrevista, “Allá hay una ladronera impresionante, pero es a toda hora. Ya uno no sabe quién es quién. Yo por lo menos trato de ir sólo cuando me toca y con mi esposo, si no, no voy. Es bien jodido”. Al preguntarle si cumplía algún papel la policía, ella afirmó que era de escasa utilidad. “Eso la policía no sirve para nada –me dijo-, menos ahora que andan en esas “moticos”. Mi sobrino trabaja con ellos y, eso qué va, no pasa nada. Mientras ellos están no pasa nada, pero entonces lo roban a uno al lado”. En el resto de espacios, la mayor característica es la seguridad inmanente, más manejable. Nuevamente aparece la idea, según la

cual es responsabilidad del propio ciudadano su seguridad. El carácter “avisado” es el que logra imponerse a la delincuencia potencial.

Antonio

Antonio es un hombre de 60 años, el menor de una familia de 2 hijos, que trabaja en el comercio informal, completando ya 17 años. En el desarrollo de su vida profesional ha ido a muchas partes dentro del territorio nacional, pasando por Santa Marta, en donde vivió y trabajó por 14 años en cigarrería; estuvo en Cartagena por 5 años trabajando en carga y transporte de mercancías; 2 años en Riohacha vinculado al comercio; de allí pasó a Maicao por un año. Se mudó a Barranquilla por 3 años para trabajar en el puerto. Su vida ha estado unida al desarrollo de actividades comerciales que puedan surgir, así como al transporte de mercaderías.

Desde muy joven decidió no estudiar y seguir el ejemplo de su hermano mayor, quien se dedicó durante toda su vida al transporte de carga. Así, abandonó sus estudios para, con la ayuda de sus familiares, encontrar trabajo en la Costa Atlántica, lugar en donde se desarrolló una gran parte de su vida. De la misma forma, su historia residencial ha estado marcada por el cambio; no obstante, concentrándose en Bogotá, ha vivido por más de 30 años en la ciudad, de los cuales la mayoría en la localidad de La Candelaria. Inicialmente vivió en el barrio Egipto hasta que abandonó la casa familiar. Luego de 25 años, retorna a la capital a vivir en el barrio Belén, extremo sur-oriental de la localidad, para luego pasar a habitar una casa en El Guabio, “ahí en la entrada de La Candelaria”. Finalmente, se muda a las cercanías de la Universidad de la Salle, a tres calles del Conjunto Residencial.

Actualmente se encuentra casado, es padre de un hijo, quien se encuentra estudiando derecho en la Universidad Libre; este sería su segundo estudio profesional, ya que en primer lugar estudió gastronomía y se desempeña como chef. Para él es un motivo de gran orgullo el que su hijo se encuentre desarrollando su pregrado, pues recuerda cómo nadie en su núcleo familiar logró un estudio posterior al bachillerato. Sus padres se dedicaron al comercio informal y a la ocasional venta de comida.

En su tiempo libre sus actividades se centran a pasar en compañía de su familia la mayor parte del día. Una vez superadas las labores domésticas, y existiendo el dinero, los 3 viajan a municipios cercanos a Bogotá a pasar una tarde, máximo un fin de semana completo. La Candelaria no resulta de su interés, pues considera que, en sus palabras, “todo esto es un caos, es

una inseguridad e irresponsabilidad por doquier. Además está muy sucio”. Cuando tal posibilidad económica no existe, pasa sus tardes en casa junto a su esposa e hijo.

La relación de Antonio con La Candelaria es una de extrema prevención. Para él, existen grandes redes criminales involucradas en el robo de transeúntes. Estos grupos, me decía, no sólo facilitan armas, sino además lugares para esconder la mercancía, así como formas para posteriormente venderla. En sus palabras,

“Yo le digo esto en privado, pero, ya sabe, no se lo sostengo ante un policía, porque no quiero que me pase nada, pero acá hay mucha gente que hace como quien vende dulces y mentiras, que son cómplices. Ellos guardan todo y luego pasan otros que se hacen como que compran, pero le echan en una bolsa el celular robado o las carteras. A veces hay unos que fingen reciclar. Ya uno los conoce y lo evita.”

Desde su perspectiva, la policía resulta insuficiente, además de escasa efectividad, porque “esos ladrones son hasta inteligentes, ahora andan bien vestidos y despistan a todos”.

Curiosamente, esto se contrasta con una alta imagen positiva que dice tener de la localidad, ya que la entiende como un espacio extremadamente central, lleno de iglesias y sitios de estudio. Fue por eso mismo que no ha decidió mudarse, porque “acá mi hijo tiene todo a 10 minutos”. Sin embargo, en la medida en que “pasa el tiempo”, empieza a creer que éste no es un lugar para las personas de tercera edad, porque “ya uno de viejo empieza a ver que lo intentan a uno robar, además que todo está muy sucio y ni taxis suben de noche”.

Bibliografía

Acebedo, L. (2006). *Las Industrias en el Proceso de Expansión de Bogotá hacia el Occidente*. Bogotá, D.C.: Editorial Punto Aparte; Universidad Nacional de Colombia.

Aide-Memoire. (1987). Sobre el Proyecto del Antiguo Edificio del DAS. *Carpeta 1, Documento No. 5*. Bogotá, D.C.: Archivo del Instituto Distrital de Patrimonio Cultural.

Alcaldía Mayor de Bogotá. (2007). *La Candelaria: Observatorio de Culturas*. Bogotá, D.C.: Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte.

Alonso, L. (2003). *El Estructuralismo Genético y los Estilos de Vida: Consumo, Distinción y Capital Simbólico en la Obra de Pierre Bourdieu*. Recuperado el Febrero de 2013, de http://www.unavarra.es/puresoc/pdfs/c_ñecciones/LM-Alonso-consumo.PDF

Álvarez, M. (2003). El Inquilinato: una Alternativa de Vivienda en el Barrio Las Cruces. *Revista Apuntes No.16 (23)*, 46-72.

Álvarez, M. (2007) *Golden Ghettos: Gated Communities and Class Residential Segregation in Montevideo, Uruguay*. *Environment and Planning*, v.19. pp 47-63.

Amato, P. (1968). *An Analysis of the Changing Patterns of Elite Residential Areas in Bogotá*. New York: Cornell University.

Araya, M. (2008). El Lado Oscuro del Corazón de San José, Miedos de Comunicación y Construcción de Pánicos Morales. En A. Rossi, & N. Garita, *El Lado OScuro, Ensayos sobre Violencia* (págs. 61-113). San José de Costa Rica: Uruk Editores.

Avendaño, J. (2014). Representaciones Territoriales sobre la Inseguridad y Delincuencia en el Espacio Urbano de Bogotá: Formas Simbólicas de Apropiación Territorial. *XIII Coloquio Internacional de Geocrítica: el Control del Espacio y los Espacios del Control*.

Bogotá, ¿Cómo Vamos? (2013) *Localidades cómo vamos 2013, Tomo 5*. Bogotá, D.C. (<http://www.bogotacomovamos.org/documentos/localidades-como-vamos-2013-tomo-5>)

Bogotá, ¿Cómo Vamos? (2013) *Encuesta de Percepción Ciudadana 2013*. Bogotá, D.C. (<http://bogotacomovamos.org/documentos/encuesta-de-percepcion-ciudadana-2013>)

Bonilla, E (1997) *Rethinking Racism: Towards a Structural Interpretation*. *American Sociological Review* n.62 pp.465-480

Bourdieu, P. (1985) *The Social Space and the Genesis of Groups*. *Theory and Society*, Vol. 14, No. 6. PP. 723-744.

Bourdieu, P. (1989) *Social Space and Symbolic Power*. En *Sociological Theory*, v.7 no.1 (spring) pp. 14-25

Bourdieu, P. (1993). *The Field of Cultural Production*. Cambridge: Polity.

Bourdieu, P. (1999). *Razones Prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: ANAGRAMA.

Bourdieu, P. (2012). *La Distinción, Criterios y Bases Sociales del Gusto*. México: Taurus.

Caldeira, T. (2000) *City of Walls: Crime, Segregation and Citizenship in Sao Pablo*. University of California Press: Berkeley, CA.

Cámara de Comercio de Bogotá. (2005). *Caracterización de las Estrategias de Gestión Público-Privadas para la Recuperación de Centros Urbanos*. Bogotá, D.C.: Vicepresidencia de Gestión Cívica y Social, Centro Hábitat Humano.

Cámara de Comercio de Bogotá (2013), *Observatorio de Seguridad de Bogotá*. Bogotá, D.C. (http://recursos.ccb.org.co/ccb/flipbook/2013/Observatorio_seguridad_Bogota_45/#/70/)

Cámara de Comercio de Bogotá (2014) *Observatorio de Seguridad en Bogotá* No. 47

Carpenter, J., & Lees, L. (1995). Gentrification in New York, London and Paris: An International Comparison. *International Journal of Urban and Regional Research*, No.19, 286-303.

Carr, S. e. (1992). *Public Space*. New York: Cambridge University Press.

Carrasco, G. (1987). Carta a Feferbaum, D.; Subdirector de Bellas Artes del Instituto Colombiano de Cultura. *Carpeta 1, Documento No. 3*. Bogotá, D.C.: Archivo del Instituto Distrital de Patrimonio Cultural.

Carrasco, G. (Diciembre de 1987). Carta del Banco Central Hipotecario al Distrito. *Carpeta 1, Documento No.1*. Bogotá, D.C.: Archivo del Instituto Distrital de Patrimonio Cultural.

Carrión, F., & Núñez-Vega, J. (2006). La Inseguridad en la Ciudad: Hacia una Comprensión de la Producción Social del Miedo. *Revista EURE*, Vol. XXXII, N° 97, 7-16.

Castel, R. (1994) *La Dynamique des Processus de Marginalisation: de la Vulnérabilité à la Désaffiliation*. *Cahiers de Recherche Sociologique* No.22. pp, 11-27

Castel, R. (1998) *La Lógica de la Exclusión*. En Bustelo, E; Minujin, A. (Eds.) *Todos Entran: Propuesta para Sociedades Incluyentes*. Bogotá: UNICEF

Castel, R.; Haroche, C. (2003) *Propiedad Privada, Propiedad Social, Propiedad de Sí Mismo: Conversaciones sobre la Construcción del Individuo*. Rosario: Homo Sapiens Ediciones

Castel, R. (2004) *La Inseguridad Social, ¿Qué es Estar Protegido?*. Buenos Aires: Manantial

Concejo Distrital de Bogotá. (30 de Diciembre de 2003). *Acuerdo Distrital No. 117*.
Obtenido de <http://www.alcaldiabogota.gov.co/sisjur/normas/Normal.jsp?i=11020>

Cortés, E. (1982). *El Barrio de La Candelaria*. Bogotá: Banco Central Hipotecario.

DANE, D. A. (12 de Mayo de 2011). *Departamento Administrativo Nacional de Estadística*. Recuperado el 12 de Marzo de 2015, de
<http://www.dane.gov.co/index.php/poblacion-y-demografia/proyecciones-de-poblacion>

DANE, D. A. (2014). *Camara de Comercio de Bogotá*. Recuperado el 14 de Marzo de 2015, de <http://www.ccb.org.co/Investigaciones-Bogota-y-Region/Desarrollo-Economico/Observatorio-Economico/Tablero-de-indicadores>

De Urbina, A. (2011). El Centro Histórico hasta los Años 80. En T. Lulle, & A. De Urbina, *Vivir en el Centro Histórico de Bogotá: Patrimonio Construido y Actores Urbanos*. Bogotá, D.C.: Universidad Externado de Colombia.

De Urbina, A., & Zambrano, F. (2009). Impacto del "Bogotazo" en las Actividades Residenciales y los Servicios de Alto Rango en el Centro Histórico de Bogotá: Estudio de Caso. *Revista de Arquitectura No.5*, 152-165.

Distrito de Bogotá. (1987). Carata a la Corporación Barrio La Candelaria. *Carpeta 1, Documento No.6*. Bogotá, D.C.: Archivo del Instituto Distrital de Patrimonio Cultural.

Drake, St.; Cayton, H. (1970) *Black Metropolis: A Study of Negro Life in a Northern City*. Harcourt, Brace and World: New York

Duque, I. (2011). Bogotá: Entre la Identidad y el Marketing Urbano. *Cuadernos de Geografía, Revista Colombiana de Geografía. Vol. 20, No.1*, 29-45.

Dureau, F., & Piron, M. (2009). *El Cambio Social en el Centro de Bogotá (1993-2005)*. Seminario Internacional "Patrimonio y Ciudad: la Transformación de los Centros en América Latina". Medellín: Departamento Administrativo de Planeación.

Dureau, F., & Pissot, O. (1996). *Las Evoluciones Socioespaciales de Bogotá y su Contexto (1973-1993)*. Bogotá, D.C.: Universidad de los Andes.

Fernández, J. (2012). *Capital Simbólico, Dominación y Legitimidad. Las Raíces Weberianas de la Sociología de Pierre Bourdieu*. Revista de Sociología, Universitat Autònoma de Barcelona, 98/1, 33-60.

Foucault, M. (2005). Vigilar y Castigar, el Nacimiento de la Prisión. México, D.F.: Siglo XXI Editores

Friedmann, R. (2005). Marketing Estratégico de Ciudades. *Ábaco, Revista de Cultura y Ciencias Sociales*, 21-27.

Garavito, L. (2006). El Origen del Patrimonio como Política Pública en Colombia y su Relevancia para la Interpretación de los Vínculos entre Cultura y Naturaleza. *Revista Ópera, Universidad Externado de Colombia, Vol.6, No. 006*, 169-187.

Gómez, Y. (2012, Septiembre 02). *En Intento de Ser Pueblo Medieval, Barrio Egipto se Quedó en Abandono*. Retrieved from El Tiempo:

<http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-12186101>

Goodsell, C. (2003). The Concept of Public Space and its Democratic Manifestations. *The American Review of Public Administration* (33), 361-383.

Hiernaux, D. (2007). Los Imaginarios Urbanos: de la Teoría y los Aterrizajes en los Estudios Urbanos. *Revista EURE, Vol. XXXIII, N° 99*, 17-30.

Jaramillo, S. (Noviembre de 2006). Reflexiones sobre las Políticas de Recuperación del Centro (y del Centro Histórico) de Bogotá. *Documento CEDE 2006-40 (Edición Electrónica)*.

Lamont, M., & Molnár, V. (2002). The Study of Boundaries in Social Sciences. *Annual Review of Sociology* (28), 167-195.

Ley, D. (1986). Alternative Explanations for Inner-City Gentrification: A Canadian Assessment. *Annals of the Association of American Geographers*, 521-535.

Lindon, A. (2007). La Ciudad y la Vida Urbana a través de los Imaginarios Urbanos. *Revista EURE, Vol. XXXIII, N° 99*, 7-16.

Low, S. (2001) *The Edge and the Center: Gated Communities and the Discourse of Fear*. American Anthropologist N.103.PP.45-58

Lulle, T. (2008). Prácticas y Representaciones Espaciales de los Habitantes del Centro de Bogotá. *Revista de la Organización Latinoamericana y del Caribe de Centros Históricos, No.1, julio*, 67-77.

Lulle, T., & De Urbina, A. (2010). Las Dinámicas Socio-Espaciales de los Centros Históricos versus las Políticas Públicas de Conservación del Patrimonio Urbano: El Caso de Bogotá (1994-2010). *Scripta Nova, Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales, Universidad de Barcelona, Vol. 14, No. 331 (73)*.

Lulle, T., & De Urbina, A. (s.f.). Las Dinámicas Socio-Espaciales de los Centros Históricos versus las Políticas Públicas de Conservación del Patrimonio Urbano.

Manrique, A. (2013). Gentrificación de La Candelaria: Reconfiguraciones de Lugar de Residencia y Consumo de Grupos de Altos Ingresos. *Cuadernos de Geografía: Revista Colombiana de Geografía. Vol. 22, No.2*, 211-234.

Moreno, C., & Lulle, T. (2011). Las Dinámicas Poblacionales en La Candelaria. En T. Lulle, & A. De Urbina, *Vivir en el Centro Histórico de Bogotá: Patrimonio Construido y Actores Urbanos* (págs. 67-84). Bogotá, D.C.: Universidad Externado de Colombia.

Niño, S. (2002). Ecos del Miedo en Santa Fe de Bogotá e Imaginarios de sus Ciudadanos. En M. I. Villa Martínez, *El Miedo, Reflexión sobre su Dimensión Social y Cultural* (págs. 189-212). Medellín: Corporación Región.

Palacio, C. (2006). Redes Narrativas del Patrimonio Cultural y Natural en Bogotá: Un Análisis Crítico de la Gestión y la Planeación Participativa. En A. Parias, & D. Palacio, *Construcción de Lugares-Patrimonio: El Centro Histórico y el Humedal Córdoba en Bogotá* (págs. 431-477). Bogotá, D.C.: Universidad Externado de Colombia-Colciencias.

Pinedo, J. (2007). Morfología y Marketing Urbano: Ciudad de Bogotá. *Revista M, Universidad Santo Tomás. Vol.4 No.1 Ene-Jun: Reflexiones Urbanas II*, 14-20.

Robinson, D. (2005) *The Search for Community Cohesion: Key Themes and Dominant Concepts of the Public Policy Agenda*. *Urban Studies* v. 42, N.8, 1411-1427

Sabatini, F. et al. (2001) *Segregación Residencial en las Principales Ciudades Chilenas: Tendencias de las Tres Últimas Décadas y Posibles Cursos de Acción*. Santiago de Chile: Revista Eure, 27(82) 21-42.

Sabatini, F. et al. (2012) *¿Es Posible la Integración Residencial en las Ciudades Chilenas? Disposiciones de los Grupos Medios y Altos a la Integración con Grupos de Extracción Popular*. Revista Eure, v.38 N. 115, 159-194

Salcedo, R.; Torres, A. (2004) *Gated Communities: Wall or Frontier*. International Journal of Urban and Regional Research, 28. Pp. 27-44

Saravi, G. (2008). *Mundos Aislados: Segregación Urbana y Desigualdad en la Ciudad de México*. Revista EURE, Vol. XXXIV, N° 103, 93-110.

Silva, A. (2003). *Bogotá Imaginada*. Bogotá, D.C.: Convenio Andrés Bello, Universidad Nacional, Taurus.

Silva, A. (2004). *Imaginarios Urbanos: hacia el Desarrollo de un Urbanismo desde los Ciudadanos*. Bogotá: Convenio Andrés-Bello; Universidad Nacional de Colombia.

Tello, R., & Quiróz, H. (2009). *Ciudad y Diferencia, Género, Cotidianeidad y Alternativas*. Barcelona: Bellaterra.

Veeduría Distrital (2013), *Informe de Seguridad en Bogotá: Comportamiento de las Muertes Violentas*. Bogotá, D.C.
(http://www.veeduriadistrital.gov.co/veeduria/media/file/Publicaciones/42_Boletin_Ejecutivo_Muertes_violentas_primer_trimestre_2013.pdf)